

V. BIBLIOTECA



Juan Donoso Cortés
(1808-1853)

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA. JUAN BAUTISTA VICO

Juan Donoso Cortés (1838)¹

[Edición y Nota por José M. Sevilla]

(Artículo preliminar)

El asunto de la serie de artículos que voy a comenzar es absolutamente nuevo en España. Nuestro suelo ha sido siempre rebelde a las investigaciones abstractas, que sirven para descubrirnos la naturaleza íntima de las cosas; así como en el mundo político se echa de menos entre nosotros el elemento aristocrático, así también en el mundo intelectual se echa de menos el elemento filosófico; quizás la ausencia del primero es causa de la ausencia del segundo, porque la democracia tiende por todas partes el hacha niveladora.

¹ NOTA.- En 1838, en los meses de septiembre y octubre, publicó Juan Donoso Cortés (1808-1853) una serie de once artículos en *El Correo Nacional* de Madrid dedicados a la filosofía de la historia de Juan Bautista Vico, con ese mismo título: “Filosofía de la historia – Juan Bautista Vico”. Ni Gabino Tejado ni Ortí y Lara los recogieron en sus respectivas ediciones de *Obras de Donoso*. Fue Juretschke el primero que los incluyó (cfr. *Obras completas de D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas*, recopiladas y anotadas con la aportación de nuevos escritos, por el Dr. J. Juretschke, B.A.C., Madrid, 1946, 2 vols., I, pp. 537-572); y el reconocimiento que posteriormente recibieron estos artículos –antes bastante denostados– sirvió para que Carlos Valverde también los asumiera en su edición de las obras del Marqués de Valdegamas (cfr. *Obras Completas* de J. DONOSO CORTÉS, ed. e introd. de C. Valverde S.I., B.A.C., Madrid, 1970 (2ª ed.), 2 vols. I, pp. 619-652). Una reedición de estos artículos donosianos se encuentra en la selección de J. DONOSO CORTÉS, *Política y Filosofía de la historia*, Eds. Doncel, Madrid, 1976, pp. 7-58.

Estos artículos del joven y ecléctico Donoso (aún no enfebrecido por el tradicionalismo y sí, en cambio, entusiasmado por la moderna disciplina de la Filosofía de la Historia) fueron publicados también en el *Diario de la Tarde* de Buenos Aires, durante los meses de enero y febrero del año siguiente.

Sobre Vico y Donoso pueden confrontarse los siguientes estudios: GIUSEPPE CARLO ROSSI, “El Vico de Donoso Cortés”, en sus *Estudios sobre las letras en el siglo XVIII*, Madrid, 1967, pp. 206-221 (antes en italiano en la revista española *Convivium*, XVIII, 1950, pp. 272-282); JULES CHAIX-RUY, *Donoso Cortés, Théologien de l'histoire et prophète*, Beauchesne, París, 1956; ALBERTO CATURELLI, *Donoso Cortés. Ensayo sobre su filosofía de la historia*, Impr., Córdoba (Argentina), 1958, Parte III “Intermedio sobre Vico”, pp. 79-104; RAMÓN CEÑAL, “Juan Bautista Vico y Juan Donoso Cortés”, *Pensamiento*, XXIV, Oct.-Dic., 1968, n. 96, pp. 351-377 (también en inglés –con el título “Vico and Nineteenth Century Spanish Thought”, en G. TAGLIACCOZZO [ED.], *G. Vico An International Symposium*, The John Hopkins Press, Baltimore, 1969, pp. 187-201); JOSÉ M. SEVILLA, “La presencia de Giambattista Vico en la cultura española (I)”, *Cuadernos sobre Vico*, 1, 1991, pp. 11-42, en pp. 21-25; JOSÉ VILLALOBOS, “El hacha niveladora: Donoso Cortés y Vico”, *Cuadernos sobre Vico*, 1, 1991, pp. 55-67; JOSÉ M. SEVILLA, “Algo donoso pero no cortés. Una lectura diferencial del bifronte Marqués de Valdegamas a tenor de la modernidad de Vico”, *Cuadernos sobre Vico*, 7-8, 1997, pp. 281-292; ID., “Imágenes de la modernidad de Vico reflectadas en el siglo XIX español”, en *Giambattista Vico nel suo tempo e nel nostro*, a cargo de MARIO AGRIMI, CLUEN-Istituto Suor Orsola Benincasa, Nápoles, 1999, pp. 109-150; ID., “Une lecture différentielle de la réception de Vico au XIXe siècle espagnol. Images de la modernité de Vico (présence et absence)”, in *Recherches sur la pensée de Vico* (Textes réunis par P. Girard et O. Rемаud), Eds. Ellipses, París, 2002, pp. 67-100; ANTONIO SCOCOZZA, “De la historia civil a la teología de la historia: Vico y Donoso Cortés”, en E. HIDALGO-SERNA, M. MARASSI, J.M. SEVILLA, J. VILLALOBOS (EDS.), *Pensar para el nuevo siglo. Giambattista Vico y la cultura europea*, Edizioni La Città del Sole, Nápoles, 2001 (3 vols.), III, pp. 961-984.

Para la presente edición seguimos la disposición de los artículos en el diario madrileño, aunque han sido unificados los criterios para la numeración de los capítulos de la serie. Ésta, en el *Correo Nacional* de Madrid, es la siguiente: (“*Advertencia preliminar*”) [título con el que comienza la serie madrileña el Lunes 17 de septiembre de 1838 y que, en cambio, no aparece en el argentino *Diario de la Tarde* del sábado 5 de enero de 1839], “Artículo primero”, “Artículo segundo”, “Artículo tercero”, “Artículo 4º”, “Artículo V”, “Artículo VI”, “Artículo VII”, “Capítulo VIII”, “Artículo IX”, “Artículo diez y último”. En el periódico argentino los artículos aparecieron siempre con el

Sea de esto lo que quiera, siempre es cierto que en la península española jamás levantó sus ramas frondosas a las nubes el árbol de la filosofía. Luis Vives quiso plantarle en su suelo; pero sus esfuerzos fueron vanos y sus trabajos estériles. Su filosofía no fue más que un juicioso criticismo. Jovellanos en los tiempos modernos resplandece como el príncipe de nuestros escritores: grandemente versado en las ciencias históricas y económicas y sobremanera entendido en artes y en letras humanas, su nombre vivirá tanto como el tiempo, porque la historia le ha reclamado como suyo; pero como quiera que no derramó nunca los tesoros de su saber sino con ocasión de trabajos que le estaban encargados, y en dictámenes que sobre asuntos concernientes al procomún le fueron frecuentemente pedidos, de aquí nace que no depositó jamás en ninguna de sus producciones el código de sus doctrinas, y que ninguna de sus obras puede ser como un monumento magnífico levantado para la eternidad y consagrado exclusivamente a las ciencias. Jovellanos dijo siempre todo lo que era necesario decir para resolver cumplidamente una cuestión dada de administración o de gobierno; pero no se elevó jamás de caso pensado a la contemplación de los principios generales de las cosas. Cualquiera diría que no le fue dado concebir que hay un estudio de los principios separado e independiente del estudio de los fenómenos materiales; que hay un estudio de las causas separado e independiente del estudio de los efectos; que hay un estudio de las ideas separado e independiente de sus legítimas aplicaciones; que la teórica, en fin, es diferente de la práctica, y que el estudio exclusivo de la contemplación de la primera constituye al filósofo, como el estudio de la contemplación de la segunda constituye a los empíricos y demás rutineros, y como el estudio de la aplicación de la teórica a la práctica constituye al hombre de Estado.

Si esta distinción es exacta, Jovellanos fue un hombre de Estado, puesto que estudió siempre las teorías con relación a sus aplicaciones, y esas mismas aplicaciones en su relación con el desarrollo de la prosperidad de los pueblos; pero no fue un filósofo, usando de esta palabra en su significación rigurosa, porque no hizo de los principios de las ciencias el asunto constante y exclusivo de sus meditaciones; porque su espíritu no se sublimó a la región de las ideas para mirar allí de hito en hito los tipos eternos de quienes son figura alterada e imagen incompleta los fenómenos de este mundo: fenómenos de cuya contemplación no pudo separar nunca a su espíritu desprendiéndole de sus terrenales ligaduras.

Si no puede conferirse legítimamente el título de filósofo a Jovellanos, no se le puede negar el don del espíritu filosófico sin injusticia; como quiera que, para concedérselo, basta reconocer en él una maravillosa aptitud para generalizar los hechos y para deducir de los principios sus consecuencias más importantes y fecundas.

correspondiente número latino a partir del inaugural sin número y teniendo como contenido desde el IV el correspondiente a uno más en la serie madrileña. La ocurrencia de la serie –según el material al que se ha tenido acceso– es la siguiente: sábado 5 de enero de 1839 [el artículo preliminar, sin denominación]; Lunes 7 de enero (I); Martes 8 de enero (II), Lunes 4 de febrero (III); Martes 19 de febrero (IV) [en realidad es el 5°]; Miércoles 20 de febrero (V) [es el 6°]; Lunes 25 de febrero (VI) [es el 7°]; Martes 26 de febrero (VII) [es el 8°]; Miércoles 27 de febrero (VIII) [es el 9°]; Jueves 28 de febrero (“Artículo IX y último”) [es el 10°]. Fuente del documento: fotocopia de originales, procedente de Buenos Aires, por cortesía del prof. Alberto M. Damiani.

En el presente volumen se sigue el texto de la serie madrileña del *Correo Nacional*, aunque adaptada a la grafía actual, si bien manteniendo los leísmos y laísmos originales y las expresiones propias. Cualquier cambio o modificación por nuestra parte (por ejemplo, respecto a los signos ortográficos de puntuación, o correcciones, etc.) puede cotejarse con la transcripción literal del original del periódico, ofrecida en cursiva a pie de página. Fuente del documento: Biblioteca Municipal de Madrid, copia microfilmada y fotocopias proporcionadas por la Biblioteca de la Universidad de Sevilla.

Agradecemos a Esther Aguilar de la Torre la revisión del texto editado con la grafía actual

La nación española ha producido un gran escritor con una aptitud maravillosa para el estudio de la filosofía. Ved ahí la historia de la filosofía en España.

No es mi ánimo descubrir el origen de este fenómeno singular, porque para alcanzar su origen sería necesario antes engolfarnos en el intrincado laberinto de nuestros oscuros anales y esclarecer con una nueva luz la noche de nuestra historia. Para mi propósito me basta consignar aquí ese fenómeno como un hecho; y aun así y todo, al consignarle de paso, mi pluma se siente perezosa y mi espíritu abatido, y mis ojos arrasados de lágrimas, y mi corazón desfallecido de fuerzas. Porque ¿quién hubo jamás tan poco codicioso de la gloria de su patria, que confesara de buen grado aquello que menoscaba su valor a los ojos de otras naciones más favorecidas de la fortuna o del cielo?

Ni nos ha cabido mejor suerte en el siglo XIX, que va deslizándose y pasando sin que pensemos en él, ocupados como están nuestros oídos con el fragor de las armas, y nuestros ojos con el espectáculo de nuestras miserias, y nuestro espíritu con los enojosos afanes que le abruman en tiempos, como los que ahora corren, de disturbios y de discordias civiles. Así sucede que, mientras que la Europa civilizada asiste hoy día al magnífico espectáculo de la renovación de los estudios históricos y filosóficos, sólo nosotros, luchando con la corriente de los siglos, vueltas las espaldas al sol de la civilización y vueltos nuestros ojos en tinieblas, retrocedemos con acelerado paso a los tiempos de oscuridad y de barbarie. Ese

(Artículo preliminar)

El asunto de la série de artículos que voy á comenzar es absolutamente nuevo en España. Nuestro suelo ha sido siempre rebelde á las investigaciones abstractas, que sirven para descubrirnos la naturaleza íntima de las cosas: así como en el mundo político se echa de menos entre nosotros el elemento aristocrático, así tambien en el mundo intelectual se echa de menos el elemento filosófico: quizás la ausencia del primero es causa de la ausencia del segundo, porque la democracia tiende por todas partes el hacha niveladora.

Sea de esto lo que quiera, siempre es cierto que en la península española jamás levantó sus ramas frondosas á las nubes el árbol de la filosofía. Luis Vives quiso plantarle en su suelo; pero sus esfuerzos fueron vanos y sus trabajos estériles. Su filosofía no fue más que un juicioso criticismo. JOVELLANOS en los tiempos modernos resplandece como el príncipe de nuestros escritores: grandemente versado en las ciencias históricas y económicas, y sobremanera entendido en artes y en letras humanas, su nombre vivirá tanto como el tiempo, porque la historia le ha reclamado como suyo; pero como quiera que no derramó nunca los tesoros de su saber sino con ocasión de trabajos que le estaban encargados, y en dictámenes que sobre asuntos concernientes al procomún le fueron frecuentemente pedidos; de aquí nace que no depositó jamás en ninguna de sus producciones el código de sus doctrinas, y que ninguna de sus obras puede ser como un monumento magnífico levantado para la eternidad, y consagrado exclusivamente á las ciencias. JOVELLANOS dijo siempre todo lo que era necesario decir para resolver cumplidamente una cuestión dada de administracion ó de gobierno; pero no se elevó jamás de caso pensado á la contemplación de los principios generales de las cosas. Cualquiera diría que no le fue dado concebir que hay un estudio de los principios separado é independiente del estudio de los fenómenos materiales; que hay un estudio de las causas separado é independiente del estudio de los efectos; que hay un estudio de las ideas separado é independiente de sus legítimas aplicaciones; que la teórica, en fin, es diferente de la práctica, y que el estudio esclusivo de la contemplacion de la primera constituye al filósofo, como el estudio de la contemplación de la segunda constituye á los empíricos y demás rutineros, y como el estudio de la aplicación de la teórica á la práctica constituye al hombre de estado.

Si esta distinción es exacta, JOVELLANOS fué un hombre de estado, puesto que estudió siempre las teorías con relación á sus aplicaciones, y esas mismas aplicaciones en su relacion con el desarrollo de la prosperidad de los pueblos; pero no fue un filósofo, usando de esta palabra en su significacion rigurosa, porque no hizo de los principios de las ciencias el asunto constante y esclusivo de sus meditaciones; porque su espíritu no se subió [sic] á la region de las ideas para mirar allí de hito en hito los tipos eternos de quienes son figura alterada é imagen incompleta los fenómenos de este mundo: fenómenos de cuya contemplacion no pudo separar nunca á su espíritu desprendiéndole de sus terrenales ligaduras.

Si no puede conferirse legítimamente el título de filósofo á JOVELLANOS, no se le puede negar el don del espíritu filosófico sin injusticia; como quiera que para concedérsele basta reconocer en él una maravillosa aptitud para generalizar los hechos, y para deducir de los principios sus consecuencias mas importantes y fecundas.

La nación española ha producido un gran escritor con una aptitud maravillosa para el estudio de la filosofía. Ved ahí la historia de la filosofía en España.

No es mi ánimo descubrir el origen de este fenómeno singular, porque para alcanzar su origen sería necesario antes engolfarnos en el intrincado laberinto de nuestros oscuros anales, y esclarecer con una nueva luz, la noche de nuestra historia. Para mi propósito me basta consignar aquí ese fenómeno como un hecho; y aun así y todo, al consignarle de paso, mi pluma se siente perezosa y mi espíritu abatido, y mis ojos arrasados de lágrimas, y mi corazón desfallecido de fuerzas. Porque ¿quién hubo jamás tan poco codicioso de la gloria de su patria, que confesara de buen grado aquello que menoscaba su valor á los ojos de otras naciones mas favorecidas de la fortuna ó del cielo?

retroceso es visible; el peligro en que nos pone, inminente; tiempo es ya de levantar la voz para anunciar la catástrofe, y de señalar con mano amiga los escollos.

Cuéntense los libros que se publican y se verá que son pocos; recórranse sus páginas, y se verá que, aun siendo pocos, en su mayor parte son malos. Cuéntense los periódicos que se escriben, y se verá que son muchos; pero léanse, y se verá que son muchos porque entre nosotros un periódico no es una empresa literaria confiada a los que estudian y saben, sino una máquina de guerra que conducen y dirigen los osados. La mayor parte de los que a sí propios se decoran con el título de escritores no le merecen en verdad, sino porque combinan sobre el papel y con la pluma las letras del alfabeto. Ahora bien: cuando los periódicos que en vez de difundir las luces difunden la barbarie son leídos, ése es un signo de rápida decadencia; y esto cabalmente es lo que sucede entre nosotros.

Cuando las naciones llegan a este grado de abatimiento y de postración intelectual, sólo pueden cobrar vigor y fortaleza lanzándose con entusiasmo en la carrera de los estudios filosóficos, que fortifican y robustecen el espíritu. La filosofía esconde tesoros de purísimos y de inefables placeres, aun para los hombres gastados y para las sociedades enervadas.

Por eso me ha parecido conveniente llamar la atención hacia los estudios filosóficos, seguro como estoy de que, aunque el árbol de la filosofía se levanta rodeado de asperezas, convida luego con su fragancia a los sentidos, y al paladar con regalados sabores.

El objeto de la filosofía en general es la averiguación de los principios de las cosas: el estudio de las causas de todos los fenómenos y el de la razón de la existencia de todos los seres. La filosofía, considerada bajo el punto de vista más general y completo, está encargada de explicarnos el porqué de Dios, el porqué del hombre, y el porqué del mundo, y la naturaleza del mundo, la naturaleza de Dios, y la naturaleza del hombre. Sólo los que se ocupan de estas cuestiones trascendentales, de estos primeros principios de las cosas, se llaman por excelencia filósofos. Resplandecen en la antigüedad Aristóteles y Platón; y en la Europa moderna, Bacon, Descartes, Locke, Leibniz, Malebranche, Kant, Hegel y Schelling.

Ni nos ha cabido mejor suerte en el siglo XIX que va deslizándose y pasando sin que pensemos en él, ocupados como están nuestros oídos con el fragor de las armas, y nuestros ojos con el espectáculo de nuestras miserias, y nuestro espíritu con los enojosos afanes que le abruman en tiempos, como los que ahora corren, de disturbios y de discordias civiles. Así sucede que mientras que la Europa civilizada asiste hoy día al magnífico espectáculo de la renovación de los estudios históricos y filosóficos, solo nosotros luchando con la corriente de los siglos, vueltas las espaldas al sol de la civilización y vueltos nuestros ojos en tinieblas, retrocedemos con acelerado paso á los tiempos de oscuridad y de barbarie. Ese retroceso es visible: el peligro en que nos pone inminente: tiempo es ya de levantar la voz para anunciar la catástrofe, y de señalar con mano amiga los escollos.

Cuéntense los libros que se publican y se verá que son pocos: recórranse sus páginas, y se verá que aun siendo pocos, en su mayor parte son malos. Cuéntense los periódicos que se escriben, y se verá que son muchos; pero léanse, y se verá que son muchos, porque entre nosotros un periódico no es una empresa literaria confiada á los que estudian y saben, sino una máquina de guerra que conducen y dirigen los osados. La mayor parte de los que así propios se decoran con el título de escritores, no le merecen en verdad, sino porque combinan sobre el papel y con la pluma las letras del alfabeto. Ahora bien: cuando los periódicos que en vez de difundir las luces difunden la barbarie son leídos, ese es un signo de rápida decadencia, y esto cabalmente es lo que sucede entre nosotros.

Cuando las naciones llegan á este grado de abatimiento y de postración intelectual, solo pueden cobrar vigor y fortaleza, lanzándose con entusiasmo en la carrera de los estudios filosóficos, que fortifican y robustecen el espíritu. La filosofía esconde tesoros de purísimos y de inefables placeres aun para los hombres gastados, y para las sociedades enervadas.

Por eso me ha parecido conveniente llamar la atención hácia los estudios filosóficos, seguro como estoy, de que aunque el árbol de la filosofía se levanta rodeado de asperezas, convida luego con su fragancia á los sentidos, y al paladar con regalados sabores.

El objeto de la filosofía en general es la averiguación de los principios de las cosas: el estudio de las causas de todos los fenómenos, y el de la razón de la existencia de todos los seres. La filosofía considerada bajo el punto de vista mas general y completo, está encargada de explicarnos el porqué de Dios, el porqué del hombre, y el porqué del mundo, y la naturaleza del mundo, la naturaleza de Dios, y la naturaleza del hombre. Solo los que se ocupan de estas cuestiones trascendentales, de estos primeros principios de las cosas se llaman por excelencia filósofos. Resplandecen en la antigüedad Aristóteles y Platón: y en la Europa moderna, Bacon, Descartes, Locke, Leibniz, Mallebranche, Kant, Hegel y Schelling.

El asunto de la filosofía propiamente dicho, de la filosofía por excelencia, es por una parte tan inmenso y por otra tan abstracto, que no puede ser tratado ni aun bosquejado dignamente ni en uno ni en muchos artículos de un periódico. Pero así como hay una filosofía general que se propone descubrir los principios generales de todas las cosas, así también hay varias filosofías especiales que se proponen descubrir los principios particulares que presiden al desarrollo de cada una de las ciencias.

Las riquezas se producen, se reparten y se consumen en virtud de ciertos principios generales que pueden ser asunto de meditación y de estudio: el que ordena sistemáticamente esos principios es un filósofo; y ese sistema ordenado es lo que constituye la filosofía de la economía pública.

Las sociedades nacen, progresan, desfallecen y se extinguen, obedeciendo a ciertas leyes inalterables que presiden a su infancia, a su progreso, a su decadencia y a su muerte. El que escribe de una manera lógica y ordenada el catálogo de esos principios y las tablas de esas leyes es un filósofo, y ese sistema ordenado es lo que constituye la filosofía social.

En todas las sociedades humanas existen las nociones de mando y de obediencia; en esas nociones tienen su origen la constitución del súbdito y la constitución del poder. El que ordena sistemáticamente los principios que han de servir de fundamento a la jerarquía social, el que guiado por la luz de esos principios descubre las relaciones que deben existir entre los personajes sociales, es un filósofo; y el catálogo de esas relaciones, ordenado sistemáticamente según esos principios, es lo que constituye la filosofía política.

Por donde se ve que hay tantas filosofías como ciencias y tantas ciencias como series de hechos o de fenómenos derivados de leyes generales y de principios comunes.

Ahora bien, así como hay una filosofía de la economía pública, así como hay una filosofía política, así como hay una filosofía social, ¿hay una filosofía de la historia? O lo que es lo mismo: ¿los varios pueblos derramados por el mundo gozan de una vida independiente y completa o de una vida de relación? ¿Sus historias particulares constituyen una completa unidad, o son varias páginas de un mismo libro que comprende la historia del género huma-

El asunto de la filosofía, propiamente dicho, de la filosofía por excelencia, es por una parte tan inmenso y por otra tan abstracto, que no puede ser tratado ni aun bosquejado dignamente ni en uno ni en muchos artículos de un periódico. Pero así como hay una filosofía general que se propone descubrir los principios generales de todas las cosas, así también hay varias filosofías especiales que se proponen descubrir los principios particulares que presiden al desarrollo de cada una de las ciencias.

Las riquezas se producen, se reparten y se consumen en virtud de ciertos principios generales que pueden ser asunto de meditación y de estudio: el que ordena sistemáticamente esos principios es un filósofo; y ese sistema ordenado es lo que constituye la filosofía de la economía pública.

Las sociedades nacen, progresan, desfallecen y se extinguen, obedeciendo á ciertas leyes inalterables que presiden á su infancia, á su progreso, á su decadencia y á su muerte. El que escribe de una manera lógica y ordenada el catálogo de esos principios, y las tablas de esas leyes es un filósofo: y ese sistema ordenado, es lo que constituye la filosofía social.

En todas las sociedades humanas existen las nociones de mando y de obediencia: en esas nociones tienen su origen la constitucion del súbdito y la constitucion del poder. El que ordena sistemáticamente los principios que han de servir de fundamento á la jerarquía social, el que guiado por la luz de esos principios descubre las relaciones que deben existir entre los personajes sociales, es un filósofo; y el catálogo de esas relaciones ordenado sistemáticamente segun [sic] esos principios, es lo que constituye la filosofía política.

Por donde se ve que hay tantas filosofías como ciencias y tantas ciencias como series de hechos ó de fenómenos derivados de leyes generales y de principios comunes.

Ahora bien: así como hay una filosofía de la economía pública, así como hay una filosofía política, así como hay una filosofía social ¿hay una filosofía de la historia? ó lo que es lo mismo: ¿los varios pueblos derramados por el mundo gozan de una vida independiente y completa ó de una vida de relacion? ¿Sus historias particulares constituyen una completa unidad, ó son varias páginas de un mismo libro que comprende la historia del género humano? Si el género humano en fin tiene una historia de la que las historias particulares son fragmentos, ¿las revoluciones que en ella se consignan, las catástrofes que en ella se describen, y el

no? Si el género humano, en fin, tiene una historia de la que las historias particulares son fragmentos, ¿las revoluciones que en ella se consignan, las catástrofes que en ella se describen, y el movimiento progresivo que en ella se advierte, son obra de la casualidad, o efectos necesarios producidos por principios necesarios también, y por leyes providenciales y eternas?

Si el género humano tiene una vida que le es propia, y si hay ciertas leyes inalterables a que forzosamente obedece, esas leyes podrán reducirse a catálogo: el que le escriba será un filósofo; y ese catálogo, ordenado sistemáticamente, constituirá la filosofía de la historia.

Por el contrario, si el género humano no existe sino como una agregación casual de gentes y de naciones, si la historia universal es sólo una colección de historias particulares, si en el movimiento simultáneo o sucesivo de los pueblos no se descubre un designio manifiesto de la providencia, entonces, no hay providencia, no hay humanidad; la fatalidad de los antiguos es señora de los hombres y reina de los mundos, no hay filosofía de la historia.

Tal es la cuestión inmensa que se ha agitado por los espíritus más graves en los tiempos modernos; cuestión que en el siglo décimo séptimo se resolvió prácticamente por Bossuet, último padre de la Iglesia, y en el siglo décimo octavo práctica y teóricamente por Juan Bautista Vico, esclarecido reformador de los estudios históricos, desgraciado durante su vida y olvidado después de su muerte, hasta que el siglo décimo nono, justo con todas las grandezas humanas, ha restaurado su memoria.

Yo me propongo familiarizar a mis lectores con un hombre grande y con una doctrina sublime: con Juan Bautista Vico y con la filosofía de la historia.

ARTÍCULO PRIMERO

La filosofía de la historia, en la significación que para nosotros tiene esta palabra, fue desconocida absolutamente de los antiguos; ni podía ser de otra manera si se atiende a que para los historiadores griegos y romanos nada era digno de ocupar el pensamiento de los hombres, y de transmitirse a las edades futuras, sino la magnífica civilización griega y las gigantescas conquistas de Roma. La historia de los bárbaros, y bárbaros eran todos los extranjeros, no podía formar parte en la antigua civilización de la historia de los hombres.

movimiento progresivo que en ella se advierte, son obra de la casualidad, ó efectos necesarios producidos por principios necesarios tambien, y por leyes providenciales y eternas?

Si el género humano tiene una vida que le es propia, y si hay ciertas leyes inalterables á que forzosamente obedece, esas leyes podrán reducirse á catálogo: el que le escriba será un filósofo; y ese catálogo ordenado sistemáticamente, constituirá la filosofía de la historia.

Por el contrario, si el género humano no existe sino como una agregacion casual de gentes y de naciones, si la historia universal es solo una coleccion de historias particulares, si en el movimiento simultáneo ó sucesivo de los pueblos no se descubre un designio manifiesto de la providencia, entonces, no hay providencia, no hay humanidad; la fatalidad de los antiguos es señora de los hombres y reina de los mundos, no hay filosofía de la historia.

Tal es la cuestion inmensa que se ha agitado por los espíritus más graves en los tiempos modernos; cuestion que en el siglo décimo séptimo se resolvió prácticamente por BOSSUET, último padre de la iglesia, y en el siglo décimo octavo práctica y teóricamente por JUAN BAUTISTA VICO, esclarecido reformador de los estudios históricos, desgraciado durante su vida, y olvidado despues de su muerte, hasta que el siglo décimo nono, justo con todas las grandezas humanas, ha restaurado su memoria.

Yo me propongo familiarizar á mis lectores con un hombre grande y con una doctrina sublime: con JUAN BAUTISTA VICO y con la filosofía de la historia.

JUAN DONOSO CORTES.

ARTÍCULO PRIMERO

La filosofía de la historia en la significacion que para nosotros tiene esta palabra, fue desconocida absolutamente de los antiguos: ni podia ser de otra manera si se atiende, á que para los historiadores griegos y romanos nada era digno de ocupar el pensamiento de los hombres, y de transmitirse á las edades futuras, si no la magnífica civilizacion griega y las gigantescas conquistas de Roma. La historia de los bárbaros, y bárbaros eran todos los extranjeros, no podia formar parte en la antigua civilizacion de la historia de los hombres.

Para que la Filosofía de la historia pudiera existir, dos condiciones eran de todo punto necesarias; a saber: 1ª) Que la historia llevase ya de existencia muchos siglos, porque para hallarse en posesión de las leyes generales que presiden constantemente a su ordenado desarrollo era necesario conocer antes las grandes evoluciones históricas que dividen en distintos períodos la vida de los pueblos. Sólo de esta manera podían compararse esas evoluciones entre sí; y sólo comparándolas podía descubrirse la ley de su generación, cuyo descubrimiento es lo que constituye la filosofía de la historia. 2ª) Que la noción de la identidad moral de los hombres existiera ya en el mundo; porque mal pudiera existir la filosofía sin la unidad de la historia, ni la unidad de la historia sin la identidad moral de los hombres: noción en que está fundada la del género humano.

Ahora bien: la historia, propiamente dicha, no comienza para los griegos sino en la guerra peloponesiaca, ni para los romanos sino en la segunda guerra púnica. Más allá sólo encuentra la vista la noche de los tiempos, y las fábulas cosmogónicas del Oriente; por donde se ve que la historia para los antiguos estuvo siempre en su infancia, y la historia en su infancia no pudo ser asunto de la filosofía.

La noción de la identidad moral de los hombres no existió tampoco en el mundo hasta que, allanadas por el cristianismo las barreras que separaban las razas y las naciones, se proclamó por toda la redondez de la tierra el dogma de la confraternidad universal y de la unidad del género humano. La Filosofía de la historia no pudo, pues, existir sino en las sociedades modernas.

En el siglo XV y en el XVI, la Europa se ocupó exclusivamente en inventariar los inestimables tesoros que en hechos, ciencias, literatura y artes nos legaron las sociedades antiguas. Sus poetas, sus filósofos, sus artistas y sus historiadores rompieron las losas de sus sepulcros para iniciar en los secretos de las ciencias a los oscuros descendientes de los bárbaros que habían desmembrado el imperio de los Césares. En esta época de restauración intelectual, la Europa atenta sólo a recoger hechos, a analizar sistemas y a clasificar doctrinas, no pudo dominar esas doctrinas, esos sistemas y esos hechos, abarcándolos todos en una síntesis fecunda.

Pero en el siglo XVII, las sociedades modernas, hallándose en quieta y pacífica posesión de las riquezas intelectuales de las sociedades antiguas, aspiraron a legárselas con

Para que la Filosofía de la historia pudiera existir, dos condiciones eran de todo punto necesarias: á saber: 1.ª Que la historia llevase ya de existencia muchos siglos, porque para hallarse en posesion de las leyes generales que presiden constantemente á su ordenado desarrollo, era necesario conocer antes las grandes evoluciones históricas que dividen en distintos períodos la vida de los pueblos. Solo de esta manera podian compararse esas evoluciones entre sí; y solo comparándolas podia descubrirse la ley de su generacion, cuyo descubrimiento es lo que constituye la filosofía de la historia; y 2.ª Que la noción de la identidad moral de los hombres existiera ya en el mundo; porque mal pudiera existir la filosofía sin la unidad de la historia, ni la unidad de la historia sin la identidad moral de los hombres: nocion en que está fundada la del género humano.

Ahora bien: la historia propiamente dicha, no comienza para los griegos, sino en la guerra peloponesiaca, ni para los romanos, sino en la segunda guerra púnica. Mas allá solo encuentra la vista la noche de los tiempos, y las fábulas cosmogónicas del Oriente; por donde se ve que la historia para los antiguos estuvo siempre en su infancia, y la historia en su infancia no pudo ser asunto de la filosofía.

La noción de la identidad moral de los hombres, no existió tampoco en el mundo, hasta que allanadas por el cristianismo las barreras que separaban las razas y las naciones, se proclamó por toda la redondez de la tierra el dogma de la confraternidad universal y de la unidad del género humano. La Filosofía de la historia no pudo, pues, existir sino en las sociedades modernas.

En el siglo XV y en XVI, la Europa se ocupó esclusivamente en inventariar los inestimables tesoros, que en hechos, ciencias, literatura y artes nos legaron las sociedades antiguas. Sus poetas, sus filósofos, sus artistas y sus historiadores rompieron las losas de sus sepulcros para iniciar en los secretos de las ciencias á los oscuros, descendientes de los bárbaros, que habian desmembrado el imperio de los Césares. En esta época de restauracion intelectual, la Europa atenta solo a recoger hechos, á analizar sistemas y á clasificar doctrinas, no pudo dominar esas doctrinas, esos sistemas y esos hechos, abarcándolos todos en una síntesis fecunda.

Pero en el siglo XVII las sociedades modernas hallándose en quieta y pacífica posesion de las riquezas intelectuales de las sociedades antiguas, aspiraron á legárselas con creces á las generaciones futuras. Entonces sucedió que el espíritu humano

creces a las generaciones futuras. Entonces sucedió que el espíritu humano, rayando ya en su virilidad, tendió osado sus alas por el mundo, y llamando a su presencia a las pasadas edades, descubrió el nombre de Dios escrito en las páginas de la historia, y su providencia dirigiendo ordenadamente por medio de los siglos los pasos de las naciones.

Entonces se levantó la voz grave, majestuosa y solemne de Bossuet, que fue el primero que supo agrupar todos los tiempos históricos alrededor de una idea, personificar todos los pueblos en un solo pueblo y mostrar al género humano obediente a la ley de la expiación que le fue impuesta por la voluntad divina. Su discurso sobre la Historia Universal es una de aquellas obras monumentales creadas para vivir tanto como los siglos. Cualquiera diría que su plan había sido trazado por el divino arquitecto que dio su figura al mundo, y que había sido después ejecutado por el hombre.

Con el discurso de Bossuet nació la filosofía de la historia; pero como quiera que esta filosofía estaba más bien embebida en él que demostrada lógicamente, fue necesario que un filósofo se apoderara de ella más adelante para hacerla penetrar en los ánimos revisitiéndola con un aparato científico; porque tal es la condición de todas las nuevas teorías: para abrirse camino por el mundo, deben ser lógicamente demostradas, porque no es bastante que el genio las posea y las anuncie.

El discurso de Bossuet, escrito para la eternidad, cayó momentáneamente en olvido en el siglo XVIII, que, fanáticamente irreligioso y escéptico, destronó a Dios para coronar al hombre, destronó a los reyes para coronar a los súbditos y se sublevó a un tiempo mismo contra la autoridad divina y contra las potestades de la tierra. En este siglo debía ser incomprensible Bossuet, y las sombras de la noche debían caer sobre los anales de la historia. ¿Ni cómo hubiera sido posible concebir las leyes providenciales que dirigen la marcha de los tiempos en un siglo en que se negaba la providencia de Dios y en que se proclamaba el dogma de la soberanía del libre albedrío del hombre? La filosofía de la historia es imposible sin Dios, porque la historia es el caos si Dios no ordena su trama, no dirige su curso y no resplandece en su seno.

Pero mientras que el siglo XVIII se sumergía en los abismos de la duda, un joven de carácter melancólico y ardiente recorría en sus meditaciones solitarias todo el dominio de las ciencias y, enriquecido con todo el saber de los tiempos, pasados y presentes, echaba los funda-

rayando ya en su virilidad, tendió osado sus alas por el mundo, y llamando á su presencia á las pasadas edades, descubrió el nombre de Dios escrito en las páginas de la historia y su providencia dirigiendo ordenadamente por medio de los siglos los pasos de las naciones.

Entonces se levantó la voz grave, majestuosa y solemne de Bosuet [sic], que fué el primero que supo agrupar todos los tiempos históricos alrededor de una idea, personificar todos los pueblos en un solo pueblo, y mostrar al género humano obediente á la ley de la expiación que le fué impuesta por la voluntad divina. Su discurso sobre la Historia Universal es una de aquellas obras monumentales creadas para vivir tanto como los siglos. Cualquiera diría que su plan habia sido trazado por el divino arquitecto que dió su figura al mundo, y que habia sido despues ejecutado por el hombre.

Con el discurso de Bosuet na ió [sic] la filosofía de la historia: pero como quiera que esta filosofía estaba mas bien embebida en él que demostrada lógicamente, fué necesario que un filósofo se apoderara de ella mas adelante para hacerla penetrar en los ánimos revisitiéndola con un aparato científico: porque tal es la condicion de todas las nuevas teoría [sic]: para abrirse camino por el mundo, deben ser lójicamente demostradas, porque no es bastante que el genio las posea y las anuncie.

El discurso de Bosuet escrito para la eternidad, cayó momentáneamente en olvido en el siglo XVIII, que fanáticamente irreligioso y escéptico, destronó á Dios para coronar al hombre, destronó á los reyes para coronar á los súbditos, y se sublevó a un tiempo mismo contra la autoridad divina y contra las potestades de la tierra. En este siglo debia ser incomprensible Bosuet, y las sombras de la noche debian caer sobre los anales de la historia. ¿Ni cómo hubiera sido posible concebir las leyes providenciales que dirijen la marcha de los tiempos en un siglo en que se negaba la providencia de Dios y en que se proclamaba el dogma de la soberanía del libre alvedrío del hombre? La filosofía de la historia es imposible sin Dios: porque la historia es el caos, si Dios no ordena su trama, no dirige su curso y no resplandece en su seno.

Pero mientras que el siglo XVIII se sumergía en los abismos de la duda, un jóven de carácter melancólico y ardiente recorría en sus meditaciones solitarias todo el dominio de las ciencias, y enriquecido con todo el saber de los tiempos pasados y

mentos de la filosofía de la historia. Este joven era Juan Bautista Vico, natural de Nápoles, hijo de un pobre librero, y cuyo sistema me propongo analizar rápidamente en esta serie de artículos.

Nápoles debió ser la patria de Vico. La Italia meridional conservó siempre aquella predilección entusiasta por los principios generales que caracterizó a la gran Grecia en los tiempos antiguos, desde que Pitágoras, después de haber consultado en la Tracia a los discípulos de Orfeo, en la Persia a los magos, a los caldeos en Babilonia, a los gimnosofistas en la India, a los sacerdotes del Egipto, a los discípulos de Atlas en la Mauritania y a los druidas en la Galia, vino a reposarse a la gran Grecia, haciéndola depositaria de los dogmas sagrados y de la universalidad de las ciencias ocultas, a la sazón derramadas por el mundo. Vico supo todo lo que se sabía en su tiempo, y fue poeta, filósofo, teólogo, filólogo y jurisconsulto, como Pitágoras había sido metafísico y geómetra, moralista y político, músico y poeta.

Cuando Vico floreció, Voltaire era el príncipe de la historia y Descartes el príncipe de la filosofía. El primero, colocándose en el centro de las realidades históricas, prescindiendo absolutamente de los principios filosóficos y de las leyes generales que presiden al desarrollo de los acontecimientos humanos. El segundo, reconcentrándose dentro de sí propio y atrincherándose en una duda sistemática, prescindió de todos los fenómenos naturales, de todas las creencias, de todas las opiniones y de todos los hechos; porque los hechos, las opiniones y las creencias, y lo que es más, Dios y el mundo, debían salir de su frente, como salió Minerva, armada de todas las armas, de la cabeza de Júpiter. Vico no podía aceptar ese divorcio entre las ideas y los hechos, entre las leyes providenciales y los fenómenos locales y contingentes, entre la verdad y la realidad, entre la filosofía y la historia. La filosofía y la historia, según el dogma de Vico, son hermanas.

ARTÍCULO SEGUNDO

Después de haber estudiado Vico en su juventud la escolástica, la teología y la jurisprudencia, se retiró del mundo por espacio de nueve años consecutivos, para fortificar su espíritu con la meditación y habituarse a las abstracciones filosóficas. Dante, Platón y los jurisconsultos romanos fueron sus maestros.

presentes, echaba los fundamentos de la filosofía de la historia. Este joven era Juan Bautista Vico, natural de Nápoles, hijo de un pobre librero, y cuyo sistema me propongo analizar rápidamente en esta serie de artículos.

Nápoles debió ser la patria de Vico. La Italia meridional conservó siempre aquella predilección entusiasta por los principios generales que caracterizó a la gran Grecia en los tiempos antiguos, desde que Pitágoras, después de haber consultado en la Tracia a los discípulos de Orfeo, en la Persia a los magos, a los caldeos en Babilonia, a los gimnosofistas en la India, a los sacerdotes del Egipto, a los discípulos de Atlas en la Mauritania y a los druidas en la Galia, vino a reposarse a la gran Grecia, haciéndola depositaria de los dogmas sagrados y de la universalidad de las ciencias ocultas, a la sazón derramadas por el mundo. Vico supo todo lo que se sabía en su tiempo, y fue poeta, filósofo, teólogo, filólogo y jurisconsulto, como Pitágoras había sido metafísico y geómetra, moralista y político, músico y poeta.

Cuando Vico floreció, Voltaire era el príncipe de la historia, y Descartes el príncipe de la filosofía. El primero colocándose en el centro de las realidades históricas, prescindiendo absolutamente de los principios filosóficos y de las leyes generales que presiden al desarrollo de los acontecimientos humanos. El segundo, reconcentrándose dentro de sí propio y atrincherándose en una duda sistemática, prescindió de todos los fenómenos naturales, de todas las creencias, de todas las opiniones y de todos los hechos: porque los hechos, las opiniones y las creencias, y lo que es más, Dios y el mundo, debían salir de su frente, como salió Minerva armada de todas las armas de la cabeza de Júpiter. Vico no podía aceptar ese divorcio entre las ideas y los hechos, entre las leyes providenciales, y los fenómenos locales y contingentes; entre la verdad y la realidad, entre la filosofía y la historia. La filosofía y la historia, según el dogma de Vico, son hermanas.

JUAN DONOSO CORTÉS.

ARTÍCULO SEGUNDO.

Después de haber estudiado Vico en su juventud la escolástica, la teología y la jurisprudencia, se retiró del mundo por espacio de nueve años consecutivos, para fortificar su espíritu con la meditación, y habituarse a las abstracciones filosóficas. Dante, Platón y los jurisconsultos romanos fueron sus maestros.

Cuando volvió a Nápoles, según él mismo asegura, parecía un extranjero en su propia patria y a los ojos de los suyos. Los italianos, a la sazón, sólo estudiaban la filosofía en las meditaciones de Descartes y en su discurso sobre el método, en el que se desaprueba altamente el estudio de la poesía, de la elocuencia y de la historia; el platonismo, que los había inspirado en el siglo XVI, estaba ya relegado en el polvo de los claustros. En cuanto al estudio del derecho, los comentaristas modernos eran preferidos a los intérpretes antiguos. La poesía estaba corrompida por la afectación, habiendo perdido la impetuosidad y el nervio que se descubren en la poesía de Dante y la pureza y la nitidez que alcanzó la de Petrarca. La Italia, en fin, había perdido su originalidad y, con la pérdida de su originalidad, se había entibiado en ella considerablemente su primitivo entusiasmo por las tradiciones históricas y por los estudios graves y severos.

Siendo Vico el único italiano que a la sazón existía digno de entrar en competencia con los grandes hombres que en tiempos más felices había producido la Italia, acometió la empresa de protestar contra el cartesianismo, cuando el cartesianismo dominaba sin competidores en la Europa, más bien todavía por su método que por su parte dogmática. Él protestó, con una fuerza de lógica invencible, contra el desprecio en que habían caído los estudios históricos, contra la desdeñosa altivez con que a la sazón se miraba el sentido común del género humano, contra la manía de reducir a reglas lo que debe abandonarse a la prudencia individual, y, finalmente, contra la aplicación del método geométrico a [de] aquellas materias que no son susceptibles de una demostración rigurosa.

Ni dejaba de reconocer por eso todo lo que las ciencias habían debido a Descartes; antes por el contrario, siempre habló de este filósofo con templanza y aun con veneración y acatamiento. “Mucho es lo que debemos a Descartes —decía— por haber proclamado al sentido individual como criterio de la certidumbre humana, porque el principio exclusivo de la autoridad imponía al hombre un yugo demasiado humillante. No le debemos menos por haber sido el primero que ha sometido el ejercicio de las facultades intelectuales a un método riguroso. Pero, por otra parte, querer que el juicio individual reine solo, querer sujetarlo todo a un método geométrico, es caer en el escollo contrario; tiempo es ya de que se adopte un término medio reconociendo como criterio de la verdad el juicio individual y la autoridad humana y empleando métodos diversos según la varia naturaleza de las cosas.”

Cuando volvió a Nápoles, según él mismo asegura, parecía un extranjero en su propia patria, y a los ojos de los suyos. Los italianos a la sazón solo estudiaban la filosofía en las meditaciones de Descartes, y en su discurso sobre el método, en el que se desaprueba altamente el estudio de la poesía, de la elocuencia y de la historia; el platonismo que los había inspirado en el siglo XVI, estaba ya relegado en el polvo de los claustros. En cuanto al estudio del derecho, los comentaristas [sic] modernos eran preferidos a los intérpretes antiguos. La poesía estaba corrompida por la afectación, habiendo perdido la impetuosidad y el nervio que se descubren en la poesía de Dante y la pureza [sic] y la nitidez que alcanzó la de Petrarca. La Italia, en fin, había perdido su originalidad y, con la pérdida de su originalidad, se había entibiado en ella considerablemente su primitivo entusiasmo por las tradiciones históricas y por los estudios graves y severos.

Siendo Vico el único italiano que la sazón existía digno de entrar en competencia con los grandes hombres que en tiempos más felices había producido la Italia, acometió la empresa de protestar contra el cartesianismo, cuando el cartesianismo dominaba sin competidores en la Europa, más bien todavía por su método, que por su parte dogmática. Él protestó, con una fuerza de lógica invencible, contra el desprecio en que habían caído los estudios históricos, contra la desdeñosa altivez con que a la sazón se miraba el sentido común del género humano, contra la manía de reducir a reglas lo que debe abandonarse a la prudencia individual, y finalmente contra la aplicación del método geométrico de aquellas materias que no son susceptibles de una demostración rigurosa.

Ni dejaba de reconocer por eso todo lo que las ciencias habían debido a Descartes; antes por el contrario, siempre habló de este filósofo con templanza y aun con veneración y acatamiento. «Mucho es lo que debemos a Descartes, decía, por haber proclamado al sentido individual como criterio de la certidumbre humana, porque el principio exclusivo de la autoridad imponía al hombre un yugo demasiado humillante. No le debemos menos por haber sido el primero que ha sometido el ejercicio de las facultades intelectuales a un método riguroso. Pero por otra parte, querer que el juicio individual reine solo, querer sujetarlo todo a un método geométrico, es caer en el escollo contrario; tiempo es ya de que se adopte un término medio reconociendo como criterio de la verdad el juicio individual y la autoridad humana, y empleando métodos diversos según la varia naturaleza de las cosas.»

Reconociendo Vico como criterio de la verdad el juicio individual y el sentido común, ponía término al divorcio y establecía la apetecida concordancia entre la filosofía y la historia.

Después de haber publicado varios opúsculos sobre estas materias trascendentales, en los que se distingue por la profundidad de los pensamientos y por la riqueza de su erudición, dio a luz por primera vez en 1725 su *Ciencia nueva*, obra portentosa, que será el asunto de esta serie de artículos, porque es la magnífica recapitulación de todas sus teorías y porque sirve de fecha a la renovación de los estudios históricos.

Tendiendo la vista por la infinita variedad de acciones, de acontecimientos, de fenómenos y de idiomas que constituyen la historia universal del género humano, no es la confusión que de esa portentosa variedad resulta lo que primero nos admira, sino antes bien la incomprensible regularidad que se descubre en medio de esa confusión es lo que nos asombra y nos sorprende. [Con] En efecto, que unas naciones se diferencien de otras naciones, que unas sociedades se diferencien de otras sociedades, que unos siglos se diferencien de otros siglos, es cosa tan natural que no puede causarnos ni admiración ni sorpresa. Pero que esos siglos, esas sociedades y esas naciones que, comparadas de cerca entre sí, nos parecen de todo punto diferentes, nos parezcan vistas de lejos de todo punto semejantes, y que su semejanza sea tan real como su diferencia, esto es lo que debe legítimamente sorprendernos y admirarnos, y lo que legítimamente nos sorprende y nos admira.

Del fenómeno que acabamos de observar se deduce que la humanidad es susceptible de dos especies de historias; puesto que las naciones, las sociedades y los siglos nos ofrecen distintos idiomas, distintos fenómenos y distintas acciones, debe haber y hay varias historias en que se consignan estas notables diferencias. Puesto que las naciones, las sociedades y los siglos más distantes y separados entre sí siguen una marcha análoga en la infancia, en el progreso y en la decadencia de sus idiomas y en el desarrollo de sus revoluciones políticas, religiosas y sociales, debe ser posible, y lo es, sin duda ninguna, una historia en que, prescindiendo de las diferencias que las dividen entre sí, se consignent sólo las semejanzas y las analogías que las unen.

Para escribir esta historia, no escrita jamás hasta el primer tercio del último siglo, era necesario abstraer del caos confuso de los acontecimientos históricos aquellos que consi-

Reconociendo Vico como criterio de la verdad el juicio individual y el sentido común, ponía término al divorcio y establecía la apetecida concordancia entre la filosofía y la historia.

Después de haber publicado varios opúsculos sobre estas materias trascendentales, en los que se distingue por la profundidad de los pensamientos y por la riqueza de su erudición, dió a luz por primera vez en 1725 su Ciencia nueva: obra portentosa, que será el asunto de esta serie de artículos, porque es la magnífica recapitulación de todas sus teorías, y porque sirve de fecha a la renovación de los estudios históricos.

Tendiendo la vista por la infinita variedad de acciones, de acontecimientos, de fenómenos y de idiomas que constituyen la Historia universal del género humano, no es la confusión que de esa portentosa variedad resulta lo que primero nos admira; sino antes bien, la incomprensible regularidad que se descubre en medio de esa confusión, es lo que nos asombra y nos sorprende. Con efecto, que unas naciones se diferencien de otras naciones; que unas sociedades se diferencien de otras sociedades; que unos siglos, se diferencien de otros siglos, es cosa tan natural que no puede causarnos ni admiración ni sorpresa. Pero que esos siglos, esas sociedades y esas naciones que comparadas de cerca entre sí nos parecen de todo punto diferentes, nos parezcan vistas de lejos de todo punto semejantes, y que su semejanza sea tan real como su diferencia, esto es lo que debe legítimamente sorprendernos y admirarnos, y lo que legítimamente nos sorprende y nos admira.

Del fenómeno que acabamos de observar se deduce que la humanidad es susceptible de dos especies de historias: puesto que las naciones, las sociedades y los siglos nos ofrecen distintos idiomas, distintos fenómenos y distintas acciones, debe haber y hay varias historias en que se consignan estas notables diferencias. Puesto que las naciones, las sociedades y los siglos más distantes y separados entre sí, siguen una marcha análoga en la infancia, en el progreso y en la decadencia de sus idiomas, y en el desarrollo de sus revoluciones políticas, religiosas y sociales, debe ser posible, y lo es sin duda ninguna una historia en que prescindiendo de las diferencias que las dividen entre sí, se consignent solo las semejanzas y las analogías que las unen.

Para escribir esta historia, no escrita jamás hasta el primer tercio del último siglo, era necesario abstraer del caos confuso de los acontecimientos históricos, aquellos que constantemente se repiten en todos los pueblos y en todas las edades, desde que de las tiendas de los primeros patriarcas salieron las primeras tribus de hombres, hasta que las ciudades más populosas y los

tantemente se repiten en todos los pueblos y en todas las edades, desde que de las tiendas de los primeros patriarcas salieron las primeras tribus de hombres hasta que las ciudades más populosas y los más dilatados imperios se derramaron por el mundo. Era necesario, además, estudiar las leyes eternas y providenciales a que necesariamente obedecen esos acontecimientos, necesarios como ellas, y como ellos providenciales y eternos. El hombre que llevase a cabo esta empresa sería el verdadero fundador de la filosofía de la historia, porque habría descubierto las leyes en virtud de las cuales se agitan y se conmueven, nacen, progresan y se extinguen las sociedades humanas.

Tal fue la vasta empresa que acometió y llevó a cabo el genio de Vico en la obra que tituló con razón la *Ciencia nueva*. Y aunque algunos alemanes han reformado en estos últimos tiempos algunas páginas de esa magnífica historia, todavía es la más cabal de cuantas hasta ahora se han escrito de la misma especie, siendo los fundamentos en que se apoya tan sólidos y seguros, que aún permanecen en pie sosteniendo el vasto edificio sobre ellos asentado, a pesar de las revoluciones que a fines del siglo último y en el espacio que va corrido de éste han experimentado las ciencias filosóficas, históricas y políticas; hoy día es, y aún tiene Vico discípulos y apasionados imitadores en Francia. Entre ellos los más eminentes son Mr. Michelet y Mr. Ballanche, que cultivan con fruto y con ardor la historia, la filosofía y las letras.

Averiguado ya el punto de partida, el asunto y el objeto de las meditaciones de Vico, en los artículos siguientes analizaré, con la brevedad posible, así las inducciones lógicas como los hechos históricos que sirven de fundamento a su teoría.

ARTÍCULO TERCERO

La ciencia nueva recibe su unidad de la religión y se mueve sobre dos polos que la sirven de base y de fundamento; a saber: la filosofía y la filología. Según Vico, la filosofía contempla la verdad, sirviéndose como de un instrumento de la razón; la filología observa las realidades en los hechos históricos, en las tradiciones y en los idiomas. La filosofía, es decir, la verdad abstracta, debe ser confirmada por la filología, es decir, por los hechos, y la filología debe apoyarse en las teorías filosóficas para elevar los hechos a la clase de verdades providenciales y eternas.

mas dilatados imperios se derramaron por el mundo. Era necesario ademas estudiar las leyes eternas y providenciales, á que necesariamente obedecen esos acontecimientos necesarios como ellas, y como ellos providenciales y eternos. El hombre que llevase á cabo esta empresa seria el verdadero fundador de la filosofia de la historia, porque habria descubierto las leyes en virtud de las cuales se agitan y se conmueven, nacen, progresan y se estinguen las sociedades humanas.

Tal fue la vasta empresa que acometió y llevó á cabo el genio de Vico en la obra que tituló con razón la Ciencia nueva. Y aunque algunos alemanes han reformado en estos últimos tiempos algunas páginas de esa magnífica historia, todavía es la mas cabal de cuantas hasta ahora se han escrito de la misma especie, siendo los fundamentos en que se apoya tan sólidos y seguros, que aun permanecen en pie sosteniendo el vasto edificio sobre ellos asentado, a pesar de las revoluciones que á fines del siglo último y en el espacio que va corrido de este, han experimentado las ciencias filosóficas, históricas y políticas: hoy día es, y aun tiene Vico discípulos y apasionados imitadores en Francia. Entre ellos los más eminentes son Mr. Michelet y Mr. Ballanche que cultivan con fruto y con ardor, la historia, la filosofía y las letras.

Averiguado ya el punto de partida, el asunto y el objeto de las meditaciones de Vico, en los artículos siguientes analizaré con la brevedad posible, asi las inducciones lógicas, como los hechos históricos que sirven de fundamento á su teoría.

JUAN DONOSO CORTES.

ARTÍCULO TERCERO

La ciencia nueva recibe su unidad de la religión, y se mueve sobre dos polos que la sirven de base y de fundamento: á saber, la filosofia y la filología: según Vico, la filosofia contempla la verdad, sirviéndose como de un instrumento de la razon: la filología observa las realidades en los hechos históricos, en las tradiciones y en los idiomas. La filosofia, es decir, la verdad abstracta, debe ser confirmada por la filología; es decir, por los hechos, y la filología debe apoyarse en las teorías filosóficas, para elevar los hechos á la clase de verdades providenciales y eternas.

Todo el método de Vico consiste en deducir la certidumbre de la concordancia entre lo que nos dicta la razón y lo que nos enseña la historia, entre la verdad absoluta y las realidades contingentes; aquellas cosas en que la teoría y la práctica, los principios y los fenómenos materiales, la filosofía y la historia, lo ideal y lo real, no están de acuerdo, no entran en el círculo de sus meditaciones; porque, proponiéndose escribir la historia de las leyes en virtud de las cuales dirige Dios al género humano, mal pudiera admitir en ese divino código leyes que no lleven en sí mismas el carácter de la verdad absoluta.

Vico comienza por proclamar tres dogmas filosóficos; a saber: la existencia de la Providencia divina, la necesidad de moderar las pasiones y de convertirlas en virtudes sociales y la inmortalidad del alma; estos dogmas tienen, para él, el carácter de verdades absolutas, porque, revelados a los hombres por la razón, se hallan confirmados por tres hechos históricos tan universales, que existen entre todas las gentes y naciones; estos tres hechos son: la institución universal de las religiones, de los matrimonios y de las sepulturas. Todos los pueblos de la tierra han santificado estas cosas llamándolas unas veces, como las llama Tácito, *humanitatis commercia*, y, otras, *foedera generis humani*; significando de este modo su universalidad y dando a entender con tan solemnes palabras que esos tres hechos corresponden a tres leyes impuestas por el Creador a la criatura en todas las zonas y en todas las edades.

He dicho antes que Vico sólo reconoce el carácter de la verdad absoluta en aquellos fenómenos que nos revela la razón y que están confirmados por los hechos; pero conviene advertir que, según su criticismo elevado, no deben ser admitidos como hechos todos los que se consignan con apariencia de razón en las historias, sino solamente aquellos que son admitidos por el sentido común; es decir, por las tradiciones no interrumpidas de los pueblos y por las creencias universales del género humano. Esa sabiduría vulgar y la razón filosófica son las únicas fuentes de la verdad absoluta.

Vico divide la existencia de las sociedades humanas en tres distintos períodos, que todas recorren fatalmente, estando encerradas en ellos como en un círculo inflexible; para demostrarlo apela a las cosmogonías y a la voz de las tradiciones populares.

Herodoto cuenta que los egipcios dividían los tiempos en tres edades diferentes, a saber: *la edad de los dioses, la edad de los héroes y la edad de los hombres*. Según la misma tradición, tres diferentes idiomas correspondían a estas tres edades diversas; a saber: el idio-

Todo el método de Vico consiste en deducir la certidumbre de la concordancia entre lo que nos dicta la razón y lo que nos enseña la historia: entre la verdad absoluta y las realidades contingentes: aquellas cosas en que la teoría y la práctica, los principios y los fenómenos materiales, la filosofía y la historia, lo ideal y lo real, no están de acuerdo, no entran en el círculo de sus meditaciones; porque, proponiéndose escribir la historia de las leyes en virtud de las cuales dirige Dios al género humano, mal pudiera admitir en ese divino código leyes que no lleven en sí mismas el carácter de la verdad absoluta.

*Vico comienza por proclamar tres dogmas filosóficos: a saber: la existencia de la providencia divina, la necesidad de moderar las pasiones y de convertirlas en virtudes sociales, y la inmortalidad del alma: estos dogmas tienen para él el carácter de verdades absolutas, porque revelados a los hombres por la razón, se hallan confirmados por tres hechos históricos tan universales, que existen entre todas las gentes y naciones: estos tres hechos son, la institución universal de las religiones, de los matrimonios y de las sepulturas. Todos los pueblos de la tierra han santificado estas cosas llamándolas unas veces como las llama Tácito, *humanitatis commercia* [sic], y otras *foedera generalis humani*; significando de este modo su universalidad, y dando a entender con tan solemnes palabras, que esos tres hechos corresponden a tres leyes impuestas por el criador a la criatura en todas las zonas y en todas las edades.*

He dicho antes que Vico solo reconoce el carácter de la verdad absoluta en aquellos fenómenos que nos revela la razón, y que están confirmados por los hechos: pero conviene advertir que según su criticismo elevado, no deben ser admitidos como hechos todos los que se consignan con apariencia de razón en las historias; sino solamente aquellos que son admitidos por el sentido común: es decir, por las tradiciones no interrumpidas de los pueblos, y por las creencias universales del género humano. Esa sabiduría vulgar y la razón filosófica, son las únicas fuentes de la verdad absoluta.

Vico divide la existencia de las sociedades humanas en tres distintos periodos, que todas recorren fatalmente, estando encerradas en ellos como en un círculo inflexible: para demostrarlo apela a las cosmogonías y a la voz de las tradiciones populares.

ma jeroglífico o *sagrado*, el simbólico o *heroico* y el *vulgar* que servía de expresión para las necesidades ordinarias de la vida por medio de signos convencionales.

Varrón, en su obra *Rerum divinarum et humanarum*, dividía también todos los siglos anteriores en tres distintos períodos, a saber: *tiempo oscuro*, *tiempo fabuloso* y *tiempo histórico*, cuya división corresponde exactamente a la de los egipcios, porque el tiempo oscuro puede traducirse por la edad *divina*; el tiempo fabuloso por la edad *heroica*, y el tiempo histórico por la edad *humana*.

En donde más se echa de ver la exactitud de esta clasificación es en la historia de los idiomas; el nuestro ha debido ser precedido por un idioma metafórico y poético, y éste por otro jeroglífico y sagrado.

Siendo cosa natural en el hombre considerarse a sí propio el centro de la creación, y suponer en los demás hombres sus mismas ideas y en todos los siglos las ideas dominantes en el suyo, de aquí nace que, cuando volvemos los ojos hacia los tiempos primitivos de barbarie y de rudeza, no pudiendo explicarnos algunos fenómenos que nos admiran y sorprenden, los consideramos producidos por la presencia de algunos hombres superiores, que son como los mensajeros de otros pueblos ya civilizados. Este error se funda en que no habiendo visto nosotros nacer la civilización, sino, antes por el contrario, viéndola diariamente transmitida de unos pueblos a otros pueblos, de unos hombres a otros hombres, estamos dispuestos a creer que la civilización no nace nunca de suyo, sino que se comunica y se transmite. Si a esto se añade la propensión natural de todos los pueblos, principalmente de los primitivos, a individualizar todos los fenómenos de una misma especie, complaciéndose en agruparlos alrededor de un personaje fantástico y gigantesco, no se extrañará ver llenas las historias de esos personajes fabulosos, a quienes se atribuyen prodigios y maravillas, indignas de referirse por graves historiadores, pero codiciadas de los pueblos decrepitos o nacientes. La credulidad es vicio común a la vejez y a la infancia. Los ancianos y los niños son perdidos por los cuentos donde figuran hombres de proporciones colosales, sin duda porque la debilidad es amiga de la fuerza.

Herodoto cuenta que los egipcios dividían los tiempos en tres edades diferentes, á saber: la edad de los dioses: la edad de los héroes, y la edad de los hombres. Segun la misma tradicion, tres diferentes idiomas correspondían á estas tres edades diversas, á saber: el idioma geroglífico ó sagrado; el simbólico ó heroico, y el vulgar que servía de expresion para las necesidades ordinarias de la vida, por medio de signos convencionales.

Varron en su obra rerum divinarum et humanarum, dividía tambien todos los siglos anteriores en tres distintos periodos, á saber: tiempo oscuro; tiempo fabuloso, y tiempo histórico: cuya division corresponde exactamente á la de los egipcios, porque el tiempo oscuro puede traducirse por la edad divina, el tiempo fabuloso, por la edad heroica, y el tiempo histórico, por la edad humana.

En donde mas se echa de ver la exactitud de esta clasificacion es en la historia de los idiomas: el nuestro ha debido ser precedido por un idioma metafórico y poético, y este por otro geroglífico y sagrado.

Siendo cosa natural en el hombre considerarse á sí propio el centro de la creacion, y suponer en los demas hombres sus mismas ideas, y en todos los siglos las ideas dominantes en el suyo, de aquí nace que cuando volvemos los ojos hacia los tiempos primitivos de barbarie y de rudeza, no pudiendo explicarnos algunos fenómenos que nos admiran y sorprenden, los consideramos producidos por la pres[e]ncia de algunos hombres superiores, que son como los mensajeros de otros pueblos ya civilizados. Este error se funda en que no habiendo visto nosotros nacer la civilizacion, sino antes por el contrario, viéndola diariamente transmitida de unos pueblos á otros pueblos, de unos hombres á otros hombres, estamos dispuestos á creer que la civilizacion no nace nunca de suyo, sino que se comunica y se transmite. Si á esto se añade la propension natural de todos los pueblos, principalmente de los primitivos, á individualizar todos los fenómenos de una misma especie, complaciéndose en agruparlos al rededor de un personaje fantástico y gigantesco, no se extrañará ver llenas las historias de esos personajes fabulosos, á quienes se atribuyen prodigios y maravillas, indignas de referirse por graves historiadores, pero codiciadas de los pueblos decrepitos ó nacientes. La credulidad es vicio comun á la vejez y á la infancia. Los ancianos y los niños son perdidos por los cuentos donde figuran hombres de proporciones colosales, sin duda porque la debilidad es amiga de la fuerza.

Esto explica, por qué en cada uno de los períodos en que se divide la historia primitiva de los pueblos, aparece siempre un hombre grande á quien la fábula concede los atributos de pontífice, de patriarca, de legislador y de caudillo. Así los egipcios atri-

Esto explica por qué en cada uno de los períodos en que se divide la historia primitiva de los pueblos aparece siempre un hombre grande a quien la fábula concede los atributos de pontífice, de patriarca, de legislador y de caudillo. Así, los egipcios atribuyen a su primer Hermes todos los inventos útiles y necesarios a la vida de las naciones, siendo así que Hermes no es otra cosa sino el representante ideal de los primeros habitantes del Egipto, que se constituyeron en cuerpo de nación guiados por el instinto común de todos los hombres. Hermes, que para la fábula es un dios, no es ni un hombre siquiera para Vico, que le considera como un personaje simbólico o como una personificación de la edad *divina* o del tiempo *oscuro*, primera entre todas las épocas sociales.

La edad *heroica*, que es la que sigue inmediatamente a la *divina*, tiene también sus personajes fabulosos en quienes está representada; tales son el segundo Hermes, Hércules y Orfeo, que han llenado el mundo con sus hechos y sus nombres. De todos éstos prueba Vico, con una elevación y con una sagacidad de crítica admirables, que, si se les considera como personajes históricos, es de todo punto incomprensible la historia, como quiera que se les atribuyen hechos que se han realizado en épocas distintas entre sí, algunas veces en el espacio de muchos siglos; cuando, por el contrario, si se les considera como personajes simbólicos y como personificaciones de toda una época social, una nueva luz viene a esclarecer los orígenes de la historia y la oscura noche de la fábula.

Esta manera de considerar las edades primitivas es una verdadera revolución realizada en el dominio de la historia; con ella desaparecen como por encanto todos los gigantes que crédulos historiadores habían visto vagar alrededor de la cuna de los pueblos; con ella adquiere un significado legítimo, inteligible, la voz de las tradiciones; con ella se revelan al historiador los misteriosos orígenes de las sociedades humanas.

ARTÍCULO CUARTO

Así como la voz de las tradiciones divide los tiempos históricos en tres diversas edades, a saber: la divina, la heroica y la humana, así también esa misma voz, cuyos ecos se han derramado por el mundo, nos dice que la raza de hombres de la primera edad fue una raza de gigantes; los cíclopes de Homero no son otra cosa, y los cíclopes son en Homero los hombres

buyen á su primer Hermés todos los inventos útiles y necesarios á la vida de las naciones; siendo así que Hermés no es otra cosa sino el representante ideal de los primeros habitantes del Egipto, que se constituyeron en cuerpo de nación guiados por el instinto común de todos los hombres. Hermés que prra [sic] la fábula es un Dios, no es ni un hombre siquiera para Vico que le co[n]sidera como un personaje simbólico, ó como una personificación de la edad divina ó del tiempo oscuro, primera entre todas las épocas sociales.

La edad heroica que es la que sigue inmediatamente á la divina, tiene tambien sus personajes fabulosos en quienes está representada: tales son el segundo Hermés, Hércules y Orfeo, que han llenado el mundo con sus hechos y sus nombres. De todos estos prueba Vico, con una elevación y con una sagacidad de crítica admirables, que si se les considera como personajes históricos, es de todo punto incomprensible la historia; como quiera que se les atribuyen hechos que se han realizado en épocas distintas entre sí algunas veces en el espacio de muchos siglos: cuando por el contrario, si se les considera como personages simbólicos, y como personificaciones de toda una época social, una nueva luz viene á esclarecer los orígenes de la historia y la oscura noche de la fábula.

Esta manera de considerar las edades primitivas es una verdadera revolución, realizada en el dominio de la historia: con ella desaparecen como por encanto todos los gigantes que crédulos historiadores habían visto vagar alrededor de la cuna de los pueblos: con ella adquiere un significado legítimo, inteligible, la voz de las tradiciones: con ella se revelan al historiador los misteriosos orígenes de las sociedades humanas.

JUAN DONOSO CORTES.

ARTÍCULO 4º

Así como la voz de las tradiciones divide los tiempos históricos en tres diversas edades, á saber: la divina, la heroica y la humana, así tambien esa misma voz cuyos ecos se han derramado por el mundo nos dice, que la raza de hombres de la primera edad fué una raza de jigantes: los cíclopes de Homero, no son otra cosa, y los cíclopes son en Homero los hombres primitivos:

primitivos; y no sólo comienzan así las historias gentílicas, sino que también parte de ese mismo punto de la historia sagrada. Vico encuentra esta opinión razonable, como quiera que después del diluvio, hecho primitivo, reconocido por todas las gentes y aceptado por todos los sistemas cosmogónicos, los primeros hombres debieron retroceder a la vida salvaje, alcanzando a causa de su educación áspera y grosera la talla gigantesca de los hombres antediluvianos.

La idolatría, hija, según Vico, de la crédula ignorancia, pero no de la impostura, como algunos poco entendidos en tan difíciles materias pretenden, debió despuntar durante esta edad nebulosa en el horizonte del mundo.

Los hombres, exclusivamente entregados a la satisfacción de las necesidades físicas, debieron vagar sin Dios, sin ley y sin camino por las regiones que iban abandonando las aguas; esas regiones tristísimas debían estar sembradas de malezas después de la gran catástrofe. Cuando la tierra oreada por los vientos estuvo en disposición de exhalar los vapores que forman las tormentas, la voz del trueno, alta, sublime y temerosa, debió ensordecir los espacios y poner espanto a los hombres; el rayo, desprendido de la nube, debió convertir en ceniza los árboles más eminentes y debió caer sobre algunas víctimas humanas. Entonces, reconociendo los hombres por primera vez un poder más grande que el suyo, le adoraron, y le dieron el nombre de Júpiter; esto explica por qué, según las tradiciones de todos los pueblos, *Júpiter abate en la tierra a los gigantes*; viniendo así a estar confirmado lo que nos dicta la razón por lo que la mitología nos enseña y por lo que nos dice la fábula.

La idolatría fue un bien y fue un progreso, ora se la considere bajo su aspecto social, ora se la considere bajo su aspecto religioso, porque en uno y otro caso entraba siempre como un medio de civilización en los designios de la Providencia. Era un bien considerado desde el punto de vista social, porque ¿cuál otro poder que no fuera el de una religión llena de terrores hubiera podido domar el estúpido orgullo de la fuerza, que, aislando a los individuos, hacía imposible las asociaciones humanas? Era un bien considerada bajo un aspecto religioso, porque ¿no era necesario de toda necesidad que los hombres atravesasen por la religión grosera de los sentidos, para llegar con el tiempo a la más pura de la razón y, finalmente, en su día, a la purísima de la fe?

y no solo comienzan así las historias gentílicas, sino que también parte de ese mismo punto de la Historia sagrada. Vico encuentra esta opinión razonable como quiera que después del diluvio, hecho primitivo, reconocido por todas las gentes y aceptado por todos los sistemas cosmogónicos, los primeros hombres debieron retroceder a la vida salvaje, alcanzando a causa de su educación áspera y grosera la talla gigantesca de los hombres antediluvianos.

La idolatría, hija, según Vico, de la crédula ignorancia, pero no de la impostura, como algunos poco entendidos en tan difíciles materias pretenden, debió despuntar durante esta edad nebulosa en el horizonte del mundo.

Los hombres exclusivamente entregados a la satisfacción de las necesidades físicas, debieron vagar sin Dios, sin ley y sin camino por las regiones que iban abandonando las aguas: esas regiones tristísimas debían estar sembradas de malezas después de la gran catástrofe. Cuando la tierra oreada por los vientos estuvo en disposición de exhalar los vapores que forman las tormentas, la voz del trueno, alta, sublime y temerosa, debió ensordecir los espacios y poner espanto a los hombres: el rayo, desprendido de la nube, debió convertir en ceniza los árboles más eminentes, y debió caer sobre algunas víctimas humanas. Entonces, reconociendo los hombres por la primera vez un poder más grande que el suyo, le adoraron, y le dieron el nombre de Júpiter: esto explica por qué según las tradiciones de todos los pueblos, Júpiter abate en la tierra a los gigantes: viniendo así a estar confirmado lo que nos dicta la razón por lo que la mitología nos enseña, y por lo que nos dice la fábula.

La idolatría fue un bien y fue un progreso, ora se la considere bajo su aspecto social, ora se la considere bajo su aspecto religioso: porque en uno y otro caso entraba siempre como un medio de civilización en los designios de la providencia. Era un bien considerado desde el punto de vista social: porque ¿cuál otro poder que no fuera el de una religión llena de terrores hubiera podido domar el estúpido orgullo de la fuerza, que aislando a los individuos hacía imposible las asociaciones humanas? Era un bien considerada bajo un aspecto religioso, porque ¿no era necesario de toda necesidad que los hombres atravesasen por la religión grosera de los sentidos, para llegar con el tiempo a la más pura de la razón, y finalmente en su día, a la purísima de la fe?

Sin embargo, a pesar de todo, nos sería muy difícil concebir esta transición primitiva del estado salvaje al estado social, como quiera que no nos es posible renunciar al hábito de generalizar y de abstraer, para trasladarnos con el espíritu a aquellos tiem-

Sin embargo, a pesar de todo, nos sería muy difícil concebir esta transición primitiva del estado salvaje al estado social, como quiera que no nos es posible renunciar al hábito de generalizar y de abstraer, para trasladarnos con el espíritu a aquellos tiempos oscuros y asistir en idea al espectáculo de las transformaciones morales de unos hombres dominados exclusivamente por su imaginación, esclava de la materia si por fortuna la infancia de los individuos no fuera un trasunto fiel de la infancia de los pueblos.

Ahora bien: el niño no comprende nada y admira todo lo que no comprende; su imaginación es tanto más poderosa cuanto su ignorancia es más profunda. Asegurando de todo lo que le rodea cuanto sabe de sí propio, supone una voluntad en donde advierte un movimiento, porque, teniendo él una voluntad, a causa de esa voluntad se determina a la acción, y cuando se ha determinado se mueve.

Lo que son los niños hoy, fueron, sin duda, en la primera edad los primeros hombres. Afirmando de la Naturaleza cuanto podían afirmar de sí propio, debieron convertirla en un cuerpo dotado de animación y de pasiones; como, sin duda, conversarían entre sí frecuentemente por medio de signos, debieron creer que los relámpagos y el rayo eran los signos con que daba a entender su voluntad un ser terrible y poderoso. Nuevas observaciones vinieron, sin duda, a enriquecer el catálogo de los signos de Júpiter, y de su reunión debió resultar un idioma misterioso, por medio del cual se dignaba manifestar su voluntad a los hombres. El conocimiento de este idioma debió ser una ciencia, y esta ciencia se llamó adivinación, teología mística, mitología, musa.

Poco a poco todos los fenómenos de la Naturaleza, todas las relaciones de la Naturaleza con el hombre o de los hombres entre sí, llegaron a convertirse en otras tantas divinidades. Suponer la vida en los seres inanimados, suponer un cuerpo en las cosas inmateriales, idear seres que no existen de un modo completo en parte ninguna, tal es la triple creación del mundo fantástico de la idolatría. Dios crea por medio de su inteligencia; los primitivos hombres crearon por medio de su imaginación. Ahora bien: si *poeta* en su significación primitiva quiere decir *crear*, los primeros hombres fueron poetas, porque crearon a las divinidades, prosternándose ante su misma obra.

Los signos en virtud de los cuales comenzaron los hombres a expresar sus pensamientos, fueron los objetos mismos que habían divinizado. Para decir *el mar* le señalaban al

pos oscuros, y asistir en idea al espectáculo de las transformaciones morales de unos hombres dominados exclusivamente por su imaginación, esclava de la materia si por fortuna la infancia de los individu[o]s no fuera un trasunto fiel de la infancia de los pueblos.

Ahora bien, el niño no comprende nada y admira todo lo que no comprende: su imaginación es tanto mas poderosa cuanto su ignorancia es mas profunda. Asegurando de todo lo que le rodea cuanto sabe de sí propio, supone una voluntad en donde advierte un movimiento, porque teniendo él una voluntad, á causa de esa voluntad se determina á la acción, y cuando se ha determinado se mueve.

Lo que son los niños hoy, fueron sin duda en la primera edad los primeros hombres. Afirmando de la naturaleza cuanto podían afirmar de sí propios [sic], debieron convertirla en un cuerpo dotado de animación y de pasiones: como sin duda conversarían entre sí frecuentemente por medio de signos, debieron creer que los relámpagos y el rayo eran los signos con que daba á entender su voluntad un ser terrible y poderoso. Nuevas observaciones vinieron sin duda á enriquecer el catálogo de los signos de Júpiter, y de su reunion debió resultar un idioma misterioso, por medio del cual se dignaba manifestar su voluntad á los hombres. El conocimiento de este idioma debió ser una ciencia, y esta ciencia se llamó adivinación, teolog[i]a mística, mitología, musa.

Poco á poco todos los fenómenos de la naturaleza, todas las relaciones de la naturaleza con el hombre, ó de los hombres entre sí, llegaron á convertirse en otras tantas divinidades. Suponer la vida en los seres inanimados, suponer un cuerpo en las cosas inmateriales, idear seres que no existen de un modo completo en parte ninguna, tal es la [t]riple creación del mundo fantástico de la idolatría. Dios crea por medio de su inteligencia: los primitivos hombres crearon por medio de su imaginación. Ahora bien, si poeta en su significación primitiva quiere decir crear, los primeros hombres fueron poetas, porque crearon á las divinidades, prosternándose ante su misma obra.

Los signos en virtud de los cuales comenzaron los hombres á expresar sus pensamientos, fueron los objetos mismos que habían divinizado. Para decir el mar le señalaban al principio con el dedo: y despues le llamaron Neptuno. Este es el lenguaje de los

principio con el dedo, y después le llamaron *Neptuno*. Este es el *lenguaje de los dioses* de que habla Homero, correspondiente a la edad *divina* de que habla Herodoto, refiriéndose a las tradiciones sacerdotales del Egipto. Los nombres de treinta mil dioses latinos recogidos por Varrón, y los de la Grecia, no menos numerosos, forman el vocabulario divino de estos dos pueblos. Al principio, no pudiendo hablarse la lengua divina sino por acciones, casi todas las acciones estaban consagradas. La vida no era, por decirlo así, sino una serie de *actos mudos de religión*. Por eso, según Vico, se conservaron en la jurisprudencia romana los *acta legitima*, especie de pantomina de que iban acompañadas todas las transacciones civiles. Los jeroglíficos, lejos de haber sido inventados por los filósofos, como algunos suponen, para ocultar a los ojos del vulgo los misterios de una sabiduría profunda, fueron la escritura propia de este lenguaje imperfecto. Todas las naciones bárbaras se han visto obligadas a comenzar de este modo, hasta que con el transcurso de los siglos han conseguido formarse un sistema mejor de lenguaje y de escritura. Este lenguaje mudo convenía perfectamente a una edad en que dominaban las religiones, que en todos los tiempos quieren más bien ser respetadas que discutidas.

¿Qué resulta de esta explicación que da Vico de la edad primera o del tiempo oscuro del género humano? Resulta una gran lección para los historiadores; resulta que las tradiciones y las fábulas son verdaderas historias, y que los que las echan en olvido renuncian para siempre a penetrar en los orígenes, rodeados de tinieblas, de los pueblos. Pero las tradiciones y las fábulas, reflejos fieles del estado social en donde nacen, son adulteradas con el transcurso de los tiempos, hasta el punto de perder su significación primitiva y de no significar sino cosas ridículas o absurdas a los ojos de los hombres. Restaurar su verdadero significado, descubrir en él el verdadero estado político, religioso y social de los pueblos primitivos, tal debe ser el objeto de la filosofía de la Historia. Porque es necesario repetirlo hasta que quede profundamente grabado en nuestro entendimiento. Las fábulas y las tradiciones no deben ser desdeñadas, porque no pueden ser desdeñadas las causas que las determinan. Ellas son siempre las únicas historias que existen, si no de los *hechos*, de las *ideas* y de las *opiniones* que debieron reinar en aquellas remotísimas edades, no esclarecidas con la luz que se derramó después por toda la prolongación de los tiempos históricos, y que brilla con un resplandor inextinguible en el horizonte del mundo.

dioses de que habla Homero, correspondiente á la edad divina de que habla Herodoto, refiriéndose á las tradiciones sacerdotales del Egipto. Los nombres de treinta mil dioses latinos recogidos por Varron, y los de la Grecia, no menos numerosos, forman el vocabulario divino de estos dos pueblos. Al principio, no pudiendo hablarse la lengua divina sino por acciones, casi todas las acciones estaban consagradas. La vida no era, por decirlo así, sino una serie de actos mudos de religion. Por eso, según Vico, se conservaron en la jurisprudencia romana los acta legitima, especie de pantomina de que iban acompañadas todas las transacciones civiles. Los geroglíficos, lejos de haber sido inventados por los filósofos, como algunos suponen, para ocultar á los ojos del vulgo los misterios de una sabiduria profunda, fueron la escritura propia de este lenguaje imperfecto. Todas las naciones bárbaras se han visto obligadas á comenzar de este modo, hasta que con el transcurso de los siglos, han conseguido formarse un sistema mejor de lenguaje y de escritura. Este lenguaje mudo convenia perfectamente á una edad en que dominaban las religiones, que en todos los tiempos quieren mas bien ser respetadas que discutidas.

¿Qué resulta de esta esplicacion que da Vico de la edad primera ó del tiempo oscuro del género humano? Resulta una gran lección para los historiadores: resulta que las tradiciones y las fábulas son verdaderas historias, y que los que las echan en olvido renuncian para siempre á penetrar en los orígenes, rodeados de tinieblas de los pueblos. Pero las tradiciones y las fábulas, reflejos fieles, del estado social en donde nacen, son adulteradas con el transcurso de los tiempos, hasta el punto de perder su significacion primitiva, y de no significar sino cosas ridiculas ó absurdas a los ojos de los hombres. Restaurar su verdadero significado, descubrir en él el verdadero estado político, religioso y social de los pueblos primitivos, tal debe ser el objeto de la filosofía de la historia. Porque es necesario repetirlo hasta que quede profundamente grabado en nuestro entendimiento. Las fábulas y las tradiciones no deben ser desdeñadas, porque no pueden ser desdeñadas las causas que las determinan. Ellas son siempre las únicas historias que existen sino de los hechos, de las ideas y de las opiniones, que debieron reinar en aquellas remotísimas edades; no esclarecidas con la luz que se derramó despues por toda la prolongacion de los tiempos históricos, y que brilla con un resplandor inestinguible en el horizonte del mundo.

JUAN DONOSO CORTES.

ARTÍCULO QUINTO

En cada una de las edades en que se divide la existencia de los pueblos, se advierte un fenómeno digno de observación y de estudio. Ese fenómeno consiste en que algunos de los caracteres propios de la edad anterior se perpetúan en la edad presente, aunque pervertidos ya y debilitados, y en que algunos de los caracteres propios de la edad que ha de seguirla comienzan a hacerse visibles, como para anunciar su legítima dominación y su próxima llegada. De esta verdad dan testimonio todas las tradiciones y todas las historias. Cuando el pueblo romano, fatigado de la libertad anárquica de la República, buscó el orden y el reposo en el Imperio, todavía se conservaron en él indefinidamente las formas republicanas. La dignidad de los emperadores no fue una dignidad nueva, sino el resultado de la aglomeración en una sola persona de dignidades que en tiempo de la República habían estado repartidas entre personas diferentes. Un emperador no lo era sino porque reunía en su mano atribuciones consulares, atribuciones censorias y atribuciones tribunicias; tan cierto es que las instituciones pasan antes que sus formas, y que las leyes tienen más corta duración que los hábitos y las costumbres que engendran. Apenas habían subido los emperadores al Capitolio, cuando el Salvador del mundo nació en la Palestina. Poco después los bárbaros del Norte comenzaron a inquietar las fronteras del Imperio y a llamar la atención de los señores de Roma. Por donde se ve que en la época imperial aún se conservaban restos de la época republicana, que la precedió, y asomaban ya en el horizonte, por una parte, el cristianismo, por otra, los bárbaros, que habían de recoger su herencia. De este modo, lo presente es reflejo de lo pasado y anuncio de lo futuro.

De la misma manera, según Vico, en la edad *heroica*, segunda en el orden cronológico de los tiempos, subsistió el lenguaje divino, propio de la anterior edad, y comenzó el uso del lenguaje *humano* articulado, que había de caracterizar a la siguiente. Esto no obstante, la edad heroica debió tener y tuvo un lenguaje adecuado a su naturaleza y a su índole. Este lenguaje consistió en emblemas y divisas, signos imperfectos que sólo tienen una indirecta relación con el pensamiento humano. Éste es el lenguaje que se escribe en las armas de los héroes, y que aún se conserva en la disciplina militar. Luego que se le trans-

ARTICULO V.

En cada una de las edades en que se divide la existencia de los pueblos, se advierte un fenómeno digno de observación y de estudio. Ese fenómeno consiste en que algunos de los caracteres propios de la edad anterior se perpetúan en la edad presente, aunque pervertidos ya y debilitados; y en que algunos de los caracteres propios de la edad que ha de seguirla, comienzan a hacerse visibles, como para anunciar su legítima dominación y su próxima llegada. De esta verdad dan testimonio todas las tradiciones y todas las historias. Cuando el pueblo romano fatigado de la libertad anárquica de la república buscó el orden y el reposo en el imperio, todavía se conservaron en él indefinidamente las formas republicanas. La dignidad de los emperadores no fue una dignidad nueva, sino el resultado de la aglomeración en una sola persona, de dignidades que en tiempo de la república habían estado repartidas entre personas diferentes. Un emperador no lo era sino porque reunía en su mano atribuciones consulares, atribuciones censorias y atribuciones tribunicias; tan cierto es que las instituciones pasan antes que sus formas, y que las leyes tienen mas corta duracion que los hábitos y las costumbres que engendran. Apenas habían subido los emperadores al capitolio, cuando el Salvador del mundo nació en la Palestina. Poco despues los bárbaros del Norte comenzaron á inquietar las fronteras del Imperio y á llamar la atencion de los señores de Roma. Por donde se ve que en la época imperial aun se conservaban restos de la época republicana, que la precedió y asomaban ya en el horizonte por una parte el cristianismo por otra los bárbaros que habían de recoger su herencia. De este modo lo presente es reflejo de lo pasado y anuncio de lo futuro.

De la misma manera, según Vico, en la edad heroica, segunda en el orden cronológico de los tiempos, subsistió el lenguaje divino, propio de la anterior edad, y comenzó el uso del lenguaje humano articulado, que había de caracterizar á la siguiente. Esto no obstante, la edad heroica debió tener y tuvo un lenguaje adecuado á su naturaleza y á su índole. Este lenguaje consistió en emblemas y divisas, signos imperfectos que solo tienen una indirecta relacion con el pensamiento humano. Este es el lenguaje que se escribe en las armas de los héroes, y que aún se conserva en la disciplina militar. Luego que se le transportó al lenguaje articulado, dió origen á las metáforas y á las comparaciones. Esto esplica, por qué la metáfora constituye el fondo y la esencia de los idiomas primitivos.

portó al lenguaje articulado, dio origen a las metáforas y a las comparaciones. Esto explica por qué la metáfora constituye el fondo y la esencia de los idiomas primitivos.

En el lenguaje heroico, para significar nombres comunes, se emplean siempre nombres propios o nombres de pueblos. Los antiguos romanos decían un *tarentino* para significar un hombre lleno de perfumes. Todos los pueblos de la antigüedad, para significar un héroe, decían un *Hércules*. Esta creación de caracteres ideales, que parece efecto de un arte ingenioso, no fue el resultado ni del arte ni del ingenio, sino de la naturaleza de las cosas. Los niños trasladan los nombres de las primeras personas o cosas que ven a todas aquellas en quienes advierten con las que vieron por primera vez alguna analogía. De la misma manera, los primeros hombres, incapaces de concebir ni de formar la idea abstracta del poeta y del héroe, dieron el nombre del primer poeta y del primer héroe a todos los héroes y a todos los poetas.

Esta tendencia de los hombres a revestir con nombres propios tipos ideales ha sido causa de las contradicciones aparentes que se observan en los orígenes de la Historia. Los historiadores han creído ver un individuo en cada uno de esos tipos ideales que llevan un nombre propio, y este error ha bastado por sí solo para falsear de todo punto los anales primitivos de los pueblos. Así, la primera constitución de Roma, aun en aquella parte moral, que sin duda debió ser el resultado lento de los hábitos y de las costumbres, sale armada, si hemos de dar crédito a los historiadores, de la cabeza de Rómulo. Todas las hazañas de la Grecia heroica componen la vida de Hércules.

Vico da tanta importancia a la demostración de que las principales fisonomías de los tiempos fabulosos pertenecen a tipos ideales, que será bien exponer aquí sus opiniones sobre Homero, que ha dado tanto motivo de controversias a los eruditos y a los filósofos de nuestros días.

Según Vico, las empeñadas controversias sobre Homero tienen su origen en que se le ha considerado como un personaje real y no como un personaje simbólico, representante único de aquella época social que sirvió de transición de los tiempos heroicos a los tiempos históricos, o sea, a la época humana de la Grecia. Cuando no se le considera como un hom-

En el lenguaje heroico para significar nombres comunes se emplean siempre nombres propios ó nombres de pueblos. Los antiguos romanos decían un tarentino para significar un hombre lleno de perfumes. Todos los pueblos de la antigüedad, para significar un héroe, decían un Hércules. Esta creación de caracteres ideales que parece efecto de un arte ingenioso, no fué el resultado ni del arte ni del ingenio, sino de la naturaleza de las cosas. Los niños trasladan los nombres de las primeras personas o cosas que ven á todas aquellas en quienes advierten con las que vieron por primera vez alguna analogía. De la misma manera, los primeros hombres, incapaces de concebir ni de formar la idea abstracta del poeta y del héroe, dieron el nombre del primer poeta y del primer héroe, á todos los héroes y á todos los poetas.

Esta tendencia de los hombres á revestir con nombres propios tipos ideales, ha sido causa de las contradicciones aparentes que se observan en los orígenes de la historia. Los historiadores han creído ver un individuo en cada uno de esos tipos ideales que llevan un nombre propio: y este error ha bastado por sí solo para falsear de todo punto los anales primitivos de los pueblos. Así, la primera constitución de Roma, aun en aquella parte moral, que sin duda debió ser el resultado lento de los hábitos y de las costumbres, sale armada, si hemos de dar crédito a los historiadores, de la cabeza de Rómulo. Todas las hazañas de la Grecia heroica componen la vida de Hércules.

Vico dá tanta importancia á la demostración de que las principales fisonomías de los tiempos fabulosos pertenecen á tipos ideales, que será bien exponer aquí sus opiniones sobre Homero, que ha dado tanto motivo de controversias á los eruditos y á los filósofos de nuestros días.

Según Vico, las empeñadas controversias sobre Homero tienen su origen en que se le ha considerado como un personaje real, y no como un personaje simbólico, representante único de aquella época social que sirvió de transición de los tiempos heroicos á los tiempos históricos, ó sea á la época humana de la Grecia. Cuando no se le considera como un hombre sino antes bien como un símbolo, luego al punto desaparecen todas las inverosimilitudes de su carácter y de su vida, y vienen a convertirse en necesidades históricas y sociales.

bre, sino antes bien como un símbolo, luego al punto desaparecen todas las inverosimilitudes de su carácter y de su vida, y vienen a convertirse en necesidades históricas y sociales.

Si todos los pueblos griegos se han disputado su cuna, esto consiste en que cada una de las tribus de la Grecia reconoció en él su propio carácter, o, por mejor decir, reconoció en él una imagen perfecta de sí propia.

Si son tantas las opiniones sobre el tiempo en que floreció, esto consiste en que floreció efectivamente en los cinco siglos que siguieron a la guerra de Troya, en el corazón y en la memoria de los hombres.

Si se asegura que compuso la *Ilíada* siendo joven, esto consiste en que la Grecia, en el período de su infancia, arrebatada por encendidas pasiones, se prosternó ante Aquiles, el héroe de la fuerza en aquellos tiempos heroicos.

Si se supone que compuso la *Odisea* siendo anciano, esto consiste en que la Grecia, templando el ardor de su infancia, concibió el carácter de Ulises, símbolo de la prudencia, como en tiempo de su ardor juvenil hizo a Aquiles a su semejanza e imagen dándole los atributos de la fuerza.

Si Homero fue pobre y ciego, esto consiste en que fue la representación ideal de los rapsodas, esos incansables peregrinos que, acosados de la miseria, iban recitando los cantos populares por las plazas públicas y en las fiestas consagradas a los dioses.

No considerando a Homero como un hombre, sino como la personificación de los cantos improvisados por el pueblo y recogidos por los rapsodas, se encuentran suficientemente explicadas su mezcla de todos los dialectos y la trivialidad de sus imágenes. Tampoco, adoptándose esta explicación, podrá extrañarse que haya enaltecido a los hombres hasta la altura de los dioses y que haya hecho capaces a los dioses de las debilidades humanas. ¿Por ventura el vulgo no hace siempre los dioses a su imagen?

Las inimitables bellezas de Homero se explican también sin dificultad adoptando este sistema; si se atiende a que la poderosa originalidad e invención que resplandece en sus caracteres y en sus imágenes, y la ardorosa impetuosidad que brilla en las descripciones de batallas, son más inconcebibles en un solo hombre que en el genio de la edad heroica del género humano.

Estas razones, si no producen la convicción absoluta, son ingeniosas por lo menos. Y aunque no se adopte de todo punto la teoría de que Homero es un personaje ideal, siem-

Si todos los pueblos griegos se han disputado su cuna, esto consiste en que cada una de las tribus de la Grecia reconoció en él su propio carácter, ó por mejor decir, reconoció en él una imagen perfecta de sí propia.

Si son tantas las opiniones sobre el tiempo en que floreció, esto consiste en que floreció efectivamente en los cinco siglos que siguieron á la guerra de Troya, en el corazon y en la memoria de los hombres.

Si se asegura que compuso la Iliada siendo joven, esto consiste en que la Grecia en el período de su infancia arrebatada por encendidas pasiones, se prosternó ante Aquiles, el héroe de la fuerza en aquellos tiempos heroicos.

Si se supone que compuso la Odisea siendo anciano, esto consiste en que la Grecia, templando el ardor de su infancia, concibió el carácter de Ulises, símbolo de la prudencia, como en tiempo de su ardor juvenil hizo [sic] á Aquiles á su semejanza e imagen dándole los atributos de la fuerza.

Si Homero fue pobre y ciego, esto consiste en que fue la representacion ideal de los Rapsodes, esos incansables peregrinos que acosados de la miseria iban recitando los cantos populares por las plazas públicas y en las fiestas consagradas á los dioses.

No considerando á Homero como un hombre, sino como la personificacion de los cantos improvisados por el pueblo, y recogidos por los Rapsodes, se encuentran suficientemente explicadas su mezcla de todos los dialectos, y la trivialidad de sus imágenes. Tampoco, adoptándose esta explicacion, podrá estrañarse que haya enaltecido á los hombres hasta la altura de los dioses, y que haya hecho capaces á los dioses de las debilidades humanas; ¿por ventura el vulgo no hace siempre los dioses á su imagen?

Las inimitables bellezas de Homero, se explican tambien sin dificultad adoptando este sistema; si se atiende á que la poderosa originalidad é invencion que resplandece en sus caracteres, y en sus imágenes, y la ardorosa impetuosidad que brilla en las descripciones de batallas, son más inconcebibles en un solo hombre que en el génio de la edad heróica del género humano.

Estas razones, sino producen la conviccion absoluta, son ingeniosas por lo menos. Y aunque no se adopte de todo punto la teoría de que Homero es un personaje ideal, siempre tendrá Vico la gloria de haber demostrado cumplidamente, que la mayor

pre tendrá Vico la gloria de haber demostrado cumplidamente que la mayor parte de los héroes y de los dioses de que se hace mención en las historias son símbolos de ciertas épocas sociales y personificaciones de pueblos.

ARTÍCULO SEXTO

En uno de los artículos anteriores manifesté que, según Vico, la explosión del trueno reveló la divinidad a los gigantes que vagaban por la tierra en los siglos que siguieron inmediatamente al diluvio, y que esa divinidad recibió el nombre de Júpiter.

Entonces sucedió naturalmente que los gigantes, para buscar amparo contra la tormenta, abandonaron su género de vida, refugiándose en las cavernas. Necesitados de mujeres, debieron obligarlas a que se fijasen también en los parajes por ellos elegidos, naciendo así de causas tan naturales la familia. Con la idea de la divinidad debió nacer el culto y el sacerdocio; los primeros padres de familia fueron los primeros sacerdotes, y como la religión era entonces la única ciencia del hombre, los primeros padres de familia, que consagraban un culto a la divinidad, fueron también los primeros sabios. Superiores en ciencia y en poder a los demás individuos de la familia, ejercieron la autoridad soberana. De este modo los primeros padres fueron los primeros sacerdotes, los primeros sabios y los primeros reyes; su nombre fue el de *patriarcas*, que significa *padres* y *príncipes*. En aquellos tiempos de ferocidad y de barbarie, su yugo debió ser muy pesado. El politeísmo de Homero es a los ojos de Platón y a los de Vico la personificación ideal de los primeros padres de familia.

De esta manera, la idea de la divinidad, o, lo que es lo mismo, la religión, fijó al hombre vagabundo y fue poderosa para agrupar a las primeras familias alrededor de los primeros hogares. Así la Providencia hizo nacer del caos las sociedades humanas.

Una religión tan llena de terrores como la religión primitiva debió obligar a los primeros gigantes a consagrar con la invocación de Júpiter todos los actos de su existencia, y la unión carnal del hombre y de la mujer debió ser una augusta ceremonia. Por esta razón el matrimonio estuvo consagrado en la antigüedad por tres solemnidades, cuyo origen no es histórico, porque se pierde en la noche de los tiempos.

parte de los héroes y de los dioses de que se hace mención en las historias, son símbolos de ciertas épocas sociales y personificaciones de pueblos.

JUAN DONOSO CORTÉS.

ARTICULO VI.

En uno de los artículos anteriores manifesté que según Vico la explosión del trueno reveló la divinidad á los gigantes que vagaban por la tierra en los siglos que siguieron inmediatamente al diluvio; y que esa divinidad recibió el nombre de Júpiter.

Entonces sucedió naturalmente, que los gigantes para buscar amparo contra la tormenta abandonaron su género de vida, refugiándose en las cavernas. Necesitados de mugeres, debieron obligarlas á que se fijasen tambien en los parages por ellos elegidos, naciendo así de causas tan naturales la familia. Con la idea de la divinidad debió nacer el culto y el sacerdocio: los primeros padres de familia fueron los primeros sacerdotes, y como la religion era entonces la unica ciencia del hombre, los primeros padres de familia que consagraban un culto á la divinidad, fueron tambien los primeros sábios. Superiores en ciencia y en poder á los demás individuos de la familia, ejercieron la autoridad soberana. De este modo los primeros padres fueron los primeros sacerdotes, los primeros sábios y los primeros reyes: su nombre fue el de patriarcas, que significa padres y príncipes. En aquellos tiempos de ferocidad y de barbarie, su yugo debió ser muy pesado. El politeismo de Homero es á los ojos de Platon y á los de Vico la personificacion ideal de los primeros padres de familia.

De esta manera la idea de la divinidad, ó lo que es lo mismo, la religion, fijó al hombre vagamundo, y fue poderosa para agrupar á las primeras familias al rededor de los primeros hogares. Así la providencia hizo nacer del caos las sociedades humanas.

Una religion tan llena de terrores como la religion primitiva, debió obligar á los primeros gigantes á consagrar con la invocacion de Júpiter todos los actos de su existencia, y la union carnal del hombre y de la mujer debió ser una augusta ceremonia. Por esta razon el matrimonio estuvo consagrado en la antigüedad por tres solemnidades, cuyo origen no es histórico, porque se pierde en la noche de los tiempos.

La primera es la de los auspicios de Júpiter, que se sacaban de la observación del rayo. A causa de esta adivinación, *sortes*, los latinos definieron el matrimonio *omnis vitae consortium*, y llamaron al marido y a la mujer *consortes*.

La segunda solemnidad consiste en el velo con que se cubre la desposada en conmemoración del sentimiento de pudor que dio origen a la institución del matrimonio.

La tercera, conservada siempre entre los romanos, consiste en arrebatar a la esposa con una fingida violencia, para recordar con esto la violencia verdadera con que los gigantes arrastraron a las mujeres a sus antros. Juno fue el símbolo de estos matrimonios solemnes.

Esta edad se llamó *divina*, porque los primeros padres, como sacerdotes que eran, y sacerdotes subyugados por la más implacable superstición, no gobernaban sino en calidad de intérpretes de los dioses. Alteradas después las tradiciones de los pueblos, esa edad se llamó *edad de oro* por los que suponían que los dioses habían tomado realmente a su cargo el gobierno de la tierra.

En esta época bárbara y entre estos hombres crueles y supersticiosos tuvieron su origen los sacrificios humanos, que han dado motivo a las declaraciones filosóficas de los tiempos modernos, como si una religión de sangre no hubiera sido necesaria para disponer a los hombres al blando yugo de las leyes. Bajo la influencia de esa religión se formaron lentamente y florecieron después las sociedades más civilizadas del mundo. Del ateísmo no se sabe hasta ahora que haya fundado nada.

Constituida bajo los auspicios religiosos, la familia, organizada jerárquicamente y asentada en sus hogares, la educación de los hijos, así la moral como la física, debió sufrir una transformación absoluta, y con ella debieron ir perdiendo poco a poco la talla de gigantes y adquiriendo la estatura de los hombres.

Del seno de la familia debió nacer la idea de la propiedad y la de su transmisión de los padres a los hijos. El patrimonio dejado por los primeros a los segundos debió consistir en aquellas tierras circunvecinas a las alturas en cuyas cavernas habían buscado un refugio contra las iras de la tempestad y los ímpetus de los que, más feroces o menos religiosos, habían continuado vagando a la intemperie, sin someterse a Dios y sin reconocer su ley. Estas tierras, como divididas entre pocos al principio, debieron ser muy vastas; y cuando nuevos

La primera es la de los auspicios de Júpiter, que se sacaban de la observacion del rayo. A causa de esta divinación, sortes, los latinos definieron el matrimonio omnis vitae consortium, y llamaron al marido y á la muger consortes.

La segunda solemnidad consiste en el velo con que se cubre la desposada en conmemoracion del sentimiento de pudor que dió origen a la institución del matrimonio.

La tercera, conservada siempre entre los romanos, consiste en arrebatar á la esposa con una fingida violencia, para recordar con esto la violencia verdadera con que los gigantes arrastraron á las mugeres á sus antros. Juno fué el simbolo de estos matrimonios solemnes.

Esta edad se llamó divina, porque los primeros padres, como sacerdotes que eran, y sacerdotes subyugados por la mas implacable supersticion, no gobernaban sino en calidad de intérpretes de los dioses. Alteradas despues las tradiciones de los pueblos, esa edad se llamó edad de oro por los que suponian que los dioses habian tomado realmente a su cargo el gobierno de la tierra.

En esta época bárbara, y entre estos hombres crueles y supersticiosos tuvieron su origen los sacrificios humanos, que han dado motivo á las declaraciones filosóficas de los tiempos modernos, como si una religion de sangre no hubiera sido necesaria para disponer á los hombres al blando yugo de las leyes. Bajo la influencia de esa religion se formaron lentamente y florecieron despues las sociedades mas civilizadas del mundo. Del ateismo no se sabe hasta ahora que haya fundado nada.

Constituida bajo los auspicios religiosos la familia, organizada gerárquicamente y asentada en sus hogares, la educacion de los hijos, asi la moral como la fisica debió sufrir una transformacion absoluta, y con ella debieron ir perdiendo poco á poco la talla de gigantes, y adquiriendo la estatura de los hombres.

Del seno de la familia debió nacer la idea de la propiedad y la de su transmision de los padres á los hijos. El patrimonio dejado por los primeros á los segundos debió consistir en aquellas tierras circunvecinas á las alturas en cuyas cavernas habian buscado un refugio contra las iras de la tempestad y los ímpetus de los que mas feroces ó menos religiosos habian continuado vagando a la intemperie, sin someterse á Dios y sin reconocer su ley. Estas tierras, como divididas entre pocos al principio, debieron ser muy vastas: y cuando nuevos gigantes se refugiaron á ellas, sus primitivos señores ni les concedieron su dominio absoluto ni

gigantes se refugiaron en ellas, sus primitivos señores ni les concedieron su dominio absoluto ni les permitieron que se fijasen en las mayores alturas, que ellos guardaron para su propio abrigo y defensa. Aquí va a comenzar una nueva época para el género humano, y será bueno que consideremos detenidamente las circunstancias en que aparece en el mundo.

Los primeros hombres que constituyeron la familia, abrigándose y fijándose en las inaccesibles alturas, adquirieron por medio de la *asociación* doméstica fuerza bastante para defenderse contra los individuos que siguieron vagando por los bosques. Entre éstos, los más débiles debieron buscar amparo contra los más fuertes en aquellas asociaciones poderosas, que holgándose de alcanzar con la agregación de otros hombres mayor seguridad y consistencia, les dispensaron su protección concediéndoles asilo. Entonces sucedió que los protectores se obligaron a *proteger* y los refugiados a *servir*. Los protectores permanecieron en sus alturas, y los protegidos se derramaron por las tierras más bajas. Los primeros, más fuertes a causa de su asociación y más sabios por su constante comercio con los dioses, fueron considerados como de naturaleza superior, y los segundos, como de naturaleza indigna. Esto explica por qué los latinos decían *summo loco nati* para significar a los nobles, e *imo obscuro loco nati*, para significar a los plebeyos.

Por donde se ve que las familias primitivas, que al principio se compusieron del padre, de la mujer y de los hijos, poco después llegaron a componerse del padre, de la mujer, de los hijos y de los *esclavos*.

Cuando esta revolución, que éste es su nombre, como más adelante veremos, se hubo verificado, tuvo fin la edad divina, y comenzó la edad *heroica*, a cuyo examen daré principio en el artículo próximo.

De lo expuesto en éste se deduce que la familia no fue posible entre los hombres sino cuando la cara de Dios resplandeció entre las tempestades a sus ojos. Que si la religión primitiva, bárbara y supersticiosa, regó de sangre la tierra con los sacrificios humanos, esa superstición y esa barbarie fue de todo punto necesaria para que se sometiera el hombre, andando el tiempo, al yugo de las leyes. Que luego que hubo religión en el mundo fue santificado el matrimonio, reemplazando la *Venus humana*, como la llama Vico, a la *Venus brutal*. Que entonces el apetito comenzó a velarse con el pudor, que después de la religión es el

les permitieron que se fijasen en las mayores alturas, que ellos guardaron para su propio abrigo y defensa. Aquí va a comenzar una nueva época para el género humano, y será bueno que consideremos detenidamente las circunstancias en que aparece en el mundo.

Los primeros hombres que constituyeron la familia, abrigándose y fijándose en las inaccesibles alturas, adquirieron por medio de la asociación doméstica, fuerza bastante para defenderse contra los individuos que siguieron vagando por los bosques. Entre éstos, los más débiles debieron buscar amparo contra los más fuertes en aquellas asociaciones poderosas, que holgándose de alcanzar con la agregación de otros hombres mayor seguridad y consistencia, les dispensaron su protección concediéndoles asilo. Entonces sucedió que los protectores se obligaron a proteger, y los refugiados a servir. Los protectores permanecieron en sus alturas, y los protegidos se derramaron por las tierras más bajas. Los primeros, más fuertes a causa de su asociación, y más sabios, por su constante comercio con los dioses, fueron considerados como de naturaleza superior; y los segundos como de naturaleza indigna. Esto explica por qué los latinos decían summo loco nati para significar a los nobles, y imo obscuro loco nati, para significar a los plebeyos.

Por donde se ve que las familias primitivas, que al principio se compusieron del padre, de la mujer, y de los hijos, poco después llegaron a componerse del padre, de la mujer, de los hijos y de los esclavos.

Cuando esta revolución, que este es su nombre, como más adelante veremos, se hubo verificado, tuvo fin la edad divina, y comenzó la edad heroica, a cuyo examen daré principio en el artículo próximo.

De lo expuesto en este se deduce que la familia no fue posible entre los hombres, sino cuando la cara de Dios resplandeció entre las tempestades a sus ojos. Que si la religión primitiva, bárbara y supersticiosa regó de sangre la tierra con los sacrificios humanos, esa superstición y esa barbarie fue de todo punto necesaria para que se sometiera el hombre andando el tiempo al yugo de las leyes. Que luego que hubo religión en el mundo fue santificado el matrimonio, reemplazando la Venus humana, como la llama Vico, a la Venus brutal. Que entonces el apetito comenzó a velarse con el pudor, que después de la religión es el principal

principal vínculo de las sociedades humanas; y, en fin, que la ley benéfica del asilo es una ley primitiva concedida por los poderosos, que más adelante se habían de llamar *nobles*, a los débiles, que más adelante se habían de llamar *esclavos*.

ARTÍCULO SÉPTIMO

En el artículo anterior manifesté de qué manera se constituyó la familia; cómo, después de constituida, ofreció un asilo a los que de él estaban necesitados por la persecución de los robustos y los fuertes que caminaban por los bosques sin Dios y sin ley, y cómo se establecieron entre las familias protectoras y los débiles que se acogieron a su amparo relaciones de mando y de obediencia, de señorío y de servidumbre.

Estos siervos se llamaron entre los latinos *vernae*, para distinguirlos de los hijos de los héroes, a quienes llamaron *liberi*; por lo demás, unso y otros fueron iguales ante el padre de familia, diferenciándose sólo en la abyección de los esclavos y la nobleza y dignidad de los hijos; la palabra *liberi* significó también *nobles*. La casas nobles se llamaban *gentes*. Estas *gentes* sólo se componían de nobles, y sólo los nobles fueron libres en las ciudades primitivas. Lo siervos se llamaron también clientes, y estas clientelas fueron la primera imagen de los feudos, como se verá más adelante.

Es digno de observarse que en los tiempos heroicos, como los hijos y los esclavos eran cosas, estaban comprendidos bajo el nombre del *padre de familia*. Sin esta observación nos será imposible comprender [a] los escritores de los tiempos heroicos de la antigüedad y [a] los de los tiempos heroicos de la Europa moderna. Homero dice de Áyax que era el baluarte de los griegos y que él solo combatía contra el ejército de los troyanos; según la leyenda, cuarenta héroes normandos que volvían de visitar el Santo Sepulcro fueron poderosos para derrotar y poner en huida vergonzosa a un ejército que había puesto sitio a Salerno. Horacio Cocles defiende solo el puente fatal contra la impetuosa avenida de una muchedumbre armada. Carlomagno, Rolando y todos los personajes épicos de esos tiempos oscuros obran por sí solos innumerables prodigios. Todas estas cosas son para nosotros de todo punto ininteligibles si no se supone que bajo el nombre de esos *héroes*, de esos *padres de familia*, estaban comprendidos sus hijos y sus esclavos; así, todo lo que se afirma de Áyax, de Horacio Cocles y de los demás, se afirma de Áyax, de Horacio Cocles y de los demás *con su gente*.

vínculo de las sociedades humanas: y en fin, que la ley benéfica del asilo es una ley primitiva concedida por los poderosos que mas adelante se habian de llamar nobles, á los débiles, que mas adelante se habian de llamar esclavos.

ARTÍCULO VII.

En el artículo anterior manifesté de que manera se constituyó la familia; como despues de con[s]tituida, ofreció un asilo á los que de él estaban necesitados por la persecucion de los robustos y los fuertes que caminaban por los bosques sin Dios y sin ley: y como se establecieron entre las familias protectoras y los débiles que se acogieron á su amparo, relaciones de mando y de obediencia, de señorío y de servidumbre.

Estos siervos se llamaron entre los latinos vernae, para distinguirlos de los hijos de los héroes á quienes llamaron liberi: por lo demas unos y otros fueron iguales ante el padre de familia, diferenciándose solo en la abyeccion de los esclavos y la nobleza y dignidad de los hijos: la palabra liberi significó también nobles. La casas nobles se llamaban gentes. Estas gentes solo se componian de nobles, y solo los nobles fueron libres en las ciudades primitivas. Lo siervos se llamaron tambien clientes, y estas clientelas fueron la primer imagen de los feudos, como se verá mas adelante.

Es digno de observarse que en los tiempos heróicos, como los hijos y los esclavos eran cosas, estaban comprendidos bajo el nombre del padre de familia. Sin esta observacion nos será imposible comprender los escritores de los tiempos heróicos de la antigüedad y los de los tiempos heróicos de la Europa moderna. Homero dice de Ayax que era el baluarte de los griegos, y que él solo combatia contra el ejército de los troyanos: segun la leyenda, cuarenta héroes normandos que volvian de visitar el santo sepulcro fueron poderosos para derrotar y poner en huida vergonzosa á un ejército que habia puesto sitio á Salerno. Horacio Coclex defiende solo el puente fatal contra la impetuosa avenida de una muchedumbre armada. Carlo Magno, Rolando y todos los personajes épicos de

En cuanto a los asilos, es tan cierto que en ellos tienen su origen las sociedades humanas, que todos los fundadores de ciudades comienzan por establecerlos, en conmemoración, sin duda, de los que establecieron los primeros padres de familia. Abriendo un asilo es como Cadmo funda a Tebas. Teseo echa los fundamentos de Atenas levantando *un altar a los desgraciados* que aún andaban vagando por el mundo sin participar de los goces de las sociedades civiles; estableciendo un asilo en un bosque es como Rómulo levanta los cimientos de Roma, que había de ser señora de las naciones cuando se hubiese asentado sobre las siete colinas. Tal fue la máxima de todos los fundadores de ciudades: *vetus urbes condentium consilium*, como dice Tito Livio.

Está, pues, fuera de duda, si no nos hemos de insurreccionar contra las tradiciones del género humano, que la familia nace de la religión; el matrimonio solemne, de la familia; la sociedad civil, del asilo, y del asilo la clasificación de hombres en nobles y plebeyos, en patronos y clientes, en siervos y señores.

Pero, corriendo los años, sucedió que los que estaban sujetos a la condición servil, siendo fuertes y numerosos, se sublevaron contra los padres de familia, pidiendo para sí la participación en las cosas sagradas y en los derechos civiles. En situación tan azarosa, los héroes, es decir, los padres de familia, sintieron la necesidad de constituirse en cuerpo político, para resistir mejor a la turbulenta muchedumbre; pero como quiera que, siendo todos los héroes iguales entre sí, ninguno en particular podía aspirar al imperio, imperaron unidos, siendo fianza cierta de su unión sus intereses comunes. Ésta es la época de los *senados reinantes*, es decir, compuestos de los reyes de familia; a su interés común le dieron el nombre de *Patria*, que, supliendo la palabra *res*, quiere decir *intereses de los padres*. Los nobles, únicos ciudadanos de las primeras *patrias*, se llamaron *patricios*. Al jefe de la congregación política, cuyas atribuciones se limitaban a presidir y dirigir las discusiones, se le llamó por excelencia *Rey*.

Esta constitución de las monarquías aristocráticas ha debido ser igual en todos los tiempos y en todas las tierras. Que tal fue la primitiva constitución de Roma parece cosa asentada, y que tal fue la constitución de los germanos en sus tiempos heroicos se deduce

esos tiempos oscuros obran por sí solos innumerables prodigios. Todas estas cosas son para nosotros de todo punto ininteligibles, si no se supone que bajo el nombre de esos héroes, de esos padres de familia, estaban comprendidos sus hijos y sus esclavos: así todo lo que se afirma de Ayax, de Horacio Coclex y de los demás, se afirma de Ayax, de Horacio Coclex y de los demás, con su gente.

En cuanto á los asilos, es tan cierto que en ellos tienen su origen las sociedades humanas, que todos los fundadores de ciudades comienzan por establecerlos, en conmemoracion sin duda de los que establecieron los primeros padres de familia. Abriendo un asilo es como Cadmo funda á Tebas. Teseo echa los fundamentos de Atenas levantando un altar á los desgraciados que aun andaban vagando por el mundo sin participar de los goces de las sociedades civiles, estableciendo un asilo en un bosque es como Rómulo levanta los cimientos de Roma, que habia de ser señora de las naciones cuando se hubiese asentado sobre las siete colinas. Tal fue la máxima de todos los fundadores de ciudades: vetus urbes condentium consilium, como dice Tito Livio.

Está pues fuera de duda, si no nos hemos de insurreccionar contra las tradiciones del género humano, que la familia nace de la religion; el matrimonio solemne de la familia; la sociedad civil del asilo, y del asilo la clasificacion de hombres en nobles y plebeyos, en patronos y clientes, en siervos y señores.

Pero, corriendo los años, sucedió que los que estaban sujetos á la condicion servil, siendo fuertes y numerosos, se sublevaron contra los padres de familia pidiendo para sí la participacion en las cosas sagradas y en los derechos civiles. En situacion tan azarosa, los héroes, es decir los padres de familia, sintieron la necesidad de constituirse en cuerpo político, para resistir mejor á la turbulenta muchedumbre; pero como quiera que siendo todos lor [sic] héroes iguales entre sí, ninguno en particular podia aspirar al imperio, imperaron unidos, siendo fianza cierta de su union sus intereses comunes. Esta es la época de los senados reinantes, es decir, compuestos de los reyes de familia: á su interés comun le dieron el nombre de Patria, que supliendo la palabra res, quiere decir intereses de los padres. Los nobles, únicos ciudadanos de las primeras patrias se llamaron patricios. El gefe de la congregacion política, cuyas atribuciones se limitaban á presidir y dirigir las discusiones, se le llamó por escelencia Rey.

Esta constitucion de las monarquías aristocráticas ha debido ser igual en todos los tiempos y en todas las tierras. Que tal fue la primitiva constitucion de Roma parece cosa asentada; y que tal fue la constitucion de los germanos en sus tiempos heróicos se deduce claramente de estas palabras de Tácito: Non casus, non fortuita conglotatio turmam aut cumeum facit, sed familia

claramente de estas palabras de Tácito: *Non casus, non fortuita conglotatio turman aut cumeum facit, sed familiae et propinquitates; duces exemplo potius quam imperio, si prompti, si conspicui, si ante aciem agant, admiratione praesunt*. Tales fueron los primeros reyes, y tal fue Júpiter, *rey de los hombres y de los dioses*; en [con] efecto, en Homero, Júpiter se disculpa con no haber podido contravenir a lo que habían dispuesto los dioses en el *gran consejo del Olimpo*. ¿No se ve claro aquí que el Olimpo había sido imaginado a semejanza de la sociedad civil, y que Júpiter era, con respecto al senado de los dioses, lo que el rey con respecto al reinado de los reyes en las edades heroicas?

Esto sirve para explicamos un pasaje de Homero en que se ha creído erradamente por algunos que el poeta de los tiempos heroicos designaba la monarquía. Con motivo de la contienda entre Agamenón y Aquiles, se dice que *uno solo es rey*; pero debe observarse que esto se dice en tiempo de guerra, en el cual, según Tácito, sólo un jefe es posible: *eam esse imperandi conditionem ut non aliter ratio constet quam si uni reddatur*. Por lo demás, siempre que Homero habla de los héroes, les da el nombre de reyes, nombre que Moisés da también a todos los descendientes de Esaú cuando los enumera.

Los héroes, reunidos de esta manera en una asociación política, y reuniendo en sus manos las supremas atribuciones del sacerdocio y del imperio, tomaron en la Grecia el nombre de *heroecidas*, y en la antigua Italia, en Creta y el Asia Menor el de *creteles*. Sus reuniones se llamaron comicios *curiata*, que son los más antiguos de cuantos hace mención la historia de Roma. Tito Livio asegura que en tiempo de Aníbal había ya esta clase de asambleas en las Galias, y las asambleas de sacerdotes de que habla Tácito debieron ser muy parecidas a las de los primitivos romanos, como quiera que los tiempos heroicos obedecen a leyes comunes entre todas las gentes y naciones.

Si se considera detenidamente esta época social, se advertirá que la Monarquía aristocrática, forma primitiva de gobierno según la tradición y la Historia, no pudo nacer sino de la sublevación de los esclavos a quienes se concedió originariamente un asilo. Porque ¿cómo es posible concebir que los primeros padres de familia, sacerdotes a un mismo tiempo en sus hogares y reyes, trasladasen de buen grado su autoridad omnímoda,

et propinquitates; duces exemplo potius quam imperio, si prompti, si conspicui, si ante aciem agant, admiratione praesunt. Tales fueron los primeros reyes, y tal fue Júpiter, rey de los hombres y de los dioses: con efecto, en Homero, Júpiter se disculpa con no haber podido contravenir á lo que habian dispuesto los dioses en el gran consejo del olimpo. ¿No se ve claro aqui, que el Olimpo habia sido imaginado á semejanza de la sociedad civil, y que Júpiter era con respecto al senado de los dioses, lo que el rey con respecto al reinado de los reyes, en las edades heróicas?

Esto sirve para explicamos un pasaje de Homero en que se ha creído erradamente por algunos, que el poeta de los tiempos heróicos designaba la monarquía. Con motivo de la contienda entre Agamenon y Aquiles, se dice que uno solo es rey; pero debe observarse que esto se dice en tiempo de guerra, en el cual, segun Tácito, solo un gefe es posible: eam esse imperandi conditionem ut non aliter ratio constet quam si uni reddatur. Por lo demas, siempre que Homero habla de los héroes, les da el nombre de reyes, nombre que Moises da también a todos los descendientes de Esaü [sic] cuando los enumera.

Los héroes reunidos de esta manera en una asociacion política, y reuniendo en sus manos las supremas atribuciones del sacerdocio y del imperio tomaron en la Grecia el nombre de heróecidas, y en la antigua Italia, en Creta, y el Asia Menor el de ccreteles. Sus reuniones se llamaron comicios curiata, que son los mas antiguos de cuantos hace mencion la historia de Roma. Tito Livio asegura que en tiempo de Anibal habia ya esta clase de asambleas en las Galia;, y las asambleas de sacerdotes de que habla Tácito debieron ser muy parecidas á las de los primitivos romanos, como quiera que los tiempos heróicos obedecen á leyes comunes entre todas las gentes y naciones.

Si se considera detenidamente esta época social, se advertirá que la Monarquía aristocrática, forma primitiva de gobierno segun la tradicion y la historia, no pudo nacer sino de la sublevacion de los esclavos á quienes se concedió originariamente un asilo. Porque ¿como es posible concebir que los primeros padres de familia, sacerdotes aun [sic] mismo tiempo en sus hogares y reyes, trasladasen de buen grado su autoridad omnímoda, absoluta, á la corporacion compuesta de todos sus iguales, sacrificando su interés particular á los intereses comunes, y su reino á su patriado, sin que estuviesen movidos por una necesidad imperiosa?

absoluta, a la corporación compuesta de todos sus iguales, sacrificando su interés particular a los intereses comunes y su *reino* a su *patriciado*, sin que estuviesen movidos por una necesidad imperiosa? ¿Y cuál pudo ser esta necesidad sino la de resistir a las amenazadoras invasiones de una muchedumbre oprimida y sublevada?

Así, la Providencia, que en sus altos designios hizo nacer la familia del seno de la religión, el matrimonio solemne del seno de la familia y la sociedad civil del asilo, y la clasificación de los hombres en nobles y plebeyos, en patronos y clientes, en siervos y señores de las sociedades civiles, hizo también que de esa clasificación, en virtud de la cual los unos lo eran todo y los otros no eran nada, naciesen las invasiones y las resistencias, y de las resistencias y las invasiones, la vida social y el gobierno.

Así todo se clasifica y se ordena en la mente del Creador, que muestra con su dedo el rumbo que han de seguir las sociedades humanas, obedientes desde el principio hasta la consumación de los tiempos a sus leyes providenciales y eternas.

ARTÍCULO OCTAVO

En el artículo anterior hemos visto nacer de la esclavitud primitiva la primera insurrección; de la insurrección, la resistencia, y de la resistencia, el gobierno. Llegados a esta época social, asistimos al combate sin treguas y sin reposo que los plebeyos y los nobles sustentan en todas las sociedades. Si hasta aquí ha sido una misma la historia del género humano, si en su crecimiento y desarrollo ha obedecido a unas mismas leyes, porque unas mismas leyes han sido dadas por Dios a todas las gentes y naciones, llegados ya a la constitución del gobierno, a la organización de la ciudad política, la unidad del género humano y la unidad del código divino se presentan a nuestro espíritu con mayor claridad, como quiera que los hechos históricos vienen a confirmar lo que ya nos había dictado la razón y nos había sido transmitido como un eco lejano por las tradiciones universales de los pueblos.

Habiendo pasado los padres de familia, a causa de la sublevación de los esclavos, del estado de reyes domésticos al de reyes políticos, fueron poderosos para resistir a la sublevada muchedumbre; pero temerosos de que la desesperación volviera a poner las armas en sus manos, para conseguir con la lucha la victoria y con la victoria su rescate,

¿Y cuál pudo ser esta necesidad sino la de resistir á las amenazadoras invasiones de una muchedumbre oprimida y sublevada?

Así la providencia que en sus altos designios hizo nacer la familia del seno de la religion, el matrimonio solemne del seno de la familia y la sociedad civil del asilo, y la clasificacion de los hombres en nobles y plebeyos, en patronos y clientes, en siervos y señores de las sociedades civiles; hizo tambien que de esa clasificacion, en virtud de la cual los unos lo eran todo y los otros no eran nada, naciesen las invasiones y las resistencias, y de las resistencias y las invasiones la vida social y el gobierno.

Así todo se clasifica y se ordena en la mente del criador, que muestra con su dedo el rumbo que han de seguir las sociedades humanas obedientes desde el principio hasta la consumacion de los tiempos á sus leyes providenciales y eternas.

JUAN DONOSO CORTES.

CAPITULO VIII.

En el artículo anterior hemos visto nacer de la esclavitud primitiva la primera insurreccion, de la insurreccion la resistencia, y de la resistencia el gobierno. Llegados á esta época social, asistimos al combate sin treguas y sin reposo que los plebeyos y los nobles sustentan en todas las sociedades. Si hasta aquí ha sido una misma la historia del género humano, si en su crecimiento y desarrollo ha obedecido a [sic] unas mismas leyes, porque unas mismas leyes han sido dadas por Dios á todas las gentes y naciones, llegados ya á la constitucion del gobierno, á la organización de la ciudad política, la unidad del género humano, y la unidad del código divino se presentan á nuestro espíritu con mayor claridad, como quiera que los hechos históricos vienen á confirmar lo que ya nos habia dictado la razon y nos habia sido transmitido como un eco lejano por las tradiciones universales de los pueblos.

Habiendo pasado los padres de familia, á causa de la sublevacion de los esclavos, del estado de reyes domésticos al de reyes políticos, fueron poderosos para resistir a [sic] la sublevada muchedumbre; pero temerosos de que la desesperacion volviera á poner las armas en sus manos, para conseguir con la lucha la victoria, y con la victoria su rescate, determinaron alijerar

determinaron aligerar sus cadenas, para que llevasen más blandamente su suerte. Entonces sucedió que los *héroes* concedieron a sus *esclavos* el dominio bonitario de las tierras que cultivaban, reservándose para sí el directo y eminente, siendo ésta la primera ley agraria de que hace mención la Historia. Esta revolución en las cosas fue acompañada de una revolución en los nombres, porque las palabras siguen en sus transformaciones sucesivas la transformación de las ideas. Los que antes eran *esclavos* se llamaron ya *plebeyos*, como los que antes eran *padres de familia* se llamaron ya *patricios* y *senadores*.

Pero los plebeyos no tuvieron al principio derecho de ciudadanía. Aunque eran ya hombres, no eran todavía ciudadanos. Cuando Agamenón arrebató a Briseida de los brazos de Aquiles, éste, obedeciendo a los ímpetus de su cólera, dice que *tamaño afrenta no se haría a un jornalero, a pesar de que los jornaleros no gozan de ningún derecho de ciudadano*.

Tales fueron los plebeyos de Roma hasta la época en que, después de grandes disturbios y de empeñadas discordias civiles, arrancaron el *derecho de matrimonio* a los patricios.

La ley de las doce tablas fue una segunda ley agraria para los plebeyos de Roma, puesto que por ella se les concedió el *dominio quiritario* sobre las tierras beneficiadas con su cultivo. Pero todavía este dominio no los transformó de hombres en ciudadanos, como quiera que no era transmisible a las familias de los plebeyos, porque las leyes no reconocían más parentesco que el que se derivaba de los *matrimonios solemnes*, reservados a los nobles.

Esto sirve para explicar por qué los plebeyos movieron a los patricios tan cruda y constante guerra, hasta conseguir su participación en los privilegios de los matrimonios solemnes: *connubia patrum*. La principal solemnidad de estos matrimonios consistía en los auspicios públicos, que los nobles reivindicaban para sí como un privilegio vinculado exclusivamente en sus personas. Por donde se ve que aspirar a la posesión de ese derecho era nada menos que aspirar a la posesión del derecho de ciudadanía, y gozarle era introducir una revolución en la ley fundamental del Estado. Siendo tan grande su importancia, no es de extrañar que durase tanto la lucha entre los patricios, que se negaban a concederle, y los plebeyos, que habían jurado alcanzarle.

De lo dicho hasta aquí se sigue que, constituida la sociedad y organizado el gobierno, la lucha entre los plebeyos, que quieren destruir, y los nobles, que quieren conservar;

sus cadenas, para que llevasen mas blandamente su suerte. Entonces sucedió que los héroes concedieron á sus esclavos el dominio bonitario de las tierras que cultivaban, reservándose para sí el directo y eminente, siendo esta la primera ley agraria de que hace mención la historia. Esta revolucion en las cosas fue acompañada de una revolucion en los nombres, porque las palabras siguen en sus transformaciones sucesivas la transformacion de las ideas. Los que antes eran esclavos se llamaron ya plebeyos, como los que antes eran padres de familia, se llamaron ya patricios y senadores.

Pero los plebeyos no tuvieron al principio derecho de ciudadanía. Aunque eran ya hombres, no eran todavía ciudadanos. Cuando Agamenon arrebató á Briseida de los brazos de Aquiles, éste obedeciendo a los ímpetus de su cólera dice, que tamaño afrenta no se haría á un jornalero, á pesar de que los jornaleros no gozan de ningun derecho de ciudadano.

Tales fueron los plebeyos de Roma hasta la época en que, despues de grandes disturbios y de empeñadas discordias civiles, arrancaron el derecho de matrimonio á los patricios.

La ley de las doce tablas fue una segunda ley agraria para los plebeyos de Roma, puesto que por ella se les concedió el dominio quiritario sobre las tierras beneficiadas con su cultivo. Pero todavía este dominio no los transformó de hombres en ciudadanos, como quiera que no era transmisible á las familias de los plebeyos, porque las leyes no reconocian mas parentesco que el que se derivaba de los matrimonios solemnes, reservados á los nobles.

Esto sirve para explicar porque los plebeyos movieron á los patricios tan cruda y constante guerra, hasta conseguir su participacion en los privilegios de los matrimonios solemnes: con nubia patrum. La principal solemnidad de estos matrimonios consistia en los auspicios públicos, que los nobles reivindicaban para sí como un privilegio vinculado exclusivamente en sus personas. Por donde se vé que aspirar á la posesión de ese derecho, era nada menos que aspirar á la posesión del derecho de ciudadanía, y gozarle era introducir una revolucion en la ley fundamental del Estado. Siendo tan grande su importancia, no es de extrañar que durase tanto la lucha entre los patricios que se negaban á concederle, y los plebeyos que habian jurado alcanzarle.

De lo dicho hasta. aquí se sigue, que constituida la sociedad y organizado el gobierno, la lucha entre los plebeyos que quie-

entre los plebeyos, que procuran un cambio, y los nobles, que quieren la estabilidad y que organizan contra la acción constante de los plebeyos una constante resistencia, es la ley providencial y eterna de la historia.

Síguese también de todo lo expuesto que hay ciertos hechos que pueden ser elevados a la clase de principios y leyes generales, porque se realizan necesariamente en todas las sociedades humanas. Tal es, por ejemplo, la división de la propiedad en tres especies de propiedades distintas, relativas a tres especies de feudos, que tres clases de personas poseen en los tiempos heroicos sobre tres especies de cosas. Conviene a saber: 1.º, el *dominio bonitario*, concedido a los *vasallos clientes* o *plebeyos* sobre las tierras de los *héroes*, de los *patricios* o de los *nobles*; 2.º, el *dominio quiritario* de los feudos *nobles*, *heroicos* o *militares*, que los héroes se reservaron sobre sus tierras, como un derecho de su soberanía, estando esta soberanía particular en los tiempos heroicos sometida a la de la corporación aristocrática reinante; y 3.º, el *dominio eminente* de esas mismas corporaciones sobre todas las soberanías particulares de sus individuos. Este dominio, que aún hoy reclama la autoridad pública para sí, declarándose heredera de los bienes de los particulares en ciertos casos determinados por las leyes, tiene su origen en la constitución religiosa de la familia.

Los primeros padres de familia, en su fervor hacia los dioses, no se consideraron sino como los usufructuarios de las tierras, que pertenecían en toda propiedad a Júpiter, y que habían recibido de su providencia como en feudo. Reconocido Dios como único propietario, fue reconocido también como único señor, viniendo a ser de este modo fuente y origen de toda *riqueza* y de toda *autoridad* entre los hombres. En su nombre *poseyeron* y en su nombre *mandaron* los primeros padres de familia; y como la autoridad de las corporaciones aristocráticas era de la misma índole que la de los padres de familia, de aquí nació que fuese considerada siempre como una delegación de los dioses. Las *soberanías civiles* nacieron de las *domésticas*, y las *domésticas* de la divinidad, en quien reside exclusivamente la soberanía por excelencia. Cuando las potestades del mundo añaden a su título de majestad «*por la gracia de Dios*», nada más hacen sino ser intérpretes de las creencias primitivas de los hombres, significando por esas palabras que sólo de Dios tienen su autoridad y que sólo ante Dios son responsables de sus obras.

ren destruir y los nobles que quieren conservar; entre los plebeyos que procuran un cambio y los nobles que quieren la estabilidad, y que organizan contra la acción constante de los plebeyos una constante resistencia, es la ley providencial y eterna de la historia.

Síguese también de todo lo espuesto, que hay ciertos hechos que pueden ser elevados á la clase de principios y leyes generales, porque se realizan necesariamente en todas las sociedades humanas. Tal es por ejemplo, la división de la propiedad en tres especies de propiedades distintas, relativas á tres especies de feudos, que tres clases de personas poseen en los tiempos heróicos sobre tres especies de cosas. Conviene á saber: 1.º, el dominio bonitario, concedido á los vasallos clientes ó plebeyos sobre las tierras de los héroes, de los patricios ó de los nobles; 2.º, el dominio quiritario de los feudos nobles, heróicos ó militares, que los héroes se reservaron sobre sus tierras, como un derecho de su soberanía, estando esta soberanía particular en los tiempos heróicos sometida á la de la corporacion aristocrática reinante; y 3.º, el dominio eminente de esas mismas corporaciones sobre todas las soberanías particulares de sus individuos. Este dominio que aun hoy reclama la autoridad pública para sí, declarándose heredera de los bienes de los particulares en ciertos casos determinados por las leyes, tiene su origen en la constitucion religiosa de la familia.

Los primeros padres de familia en su fervor hácia los dioses, no se consideraron sino como los usufructuarios de las tierras, que pertenecian en toda propiedad á Júpiter, y que habian recibido de su providencia como en feudo. Reconocido Dios como único propietario, fue reconocido tambien como único señor: viniendo á ser de este modo fuente y origen de toda riqueza y de toda autoridad entre los hombres. En su nombre poseyeron, y en su nombre mandaron los primeros padres de familia; y como la autoridad de las corporaciones aristocráticas era de la misma índole que la de los padres de familia, de aqui nació que fuese considerada siempre como una delegacion de los dioses. Las soberanias civiles nacieron de las domesticas, y las domésticas de la divinidad, en quien reside esclusivamente la soberanía por excelencia. Cuando las potestades del mundo añaden á su título de magestad «por la gracia de Dios» nada mas hacen sino ser intérpretes de las creencias primitivas de los hombres, significando por esas palabras, que solo de Dios tienen su autoridad y que sólo ante Dios son responsables de sus obras.

La dominación de los *héroes nobles* o *patricios* debió ser dura y pesada por extremo, como quiera que no podían conservarla sin levantar un muro de bronce entre la abyección común y la majestad de sus personas. Y, sin embargo, tan grande ha sido hasta ahora la ignorancia de los historiadores de las Repúblicas *heroicas* o *aristocráticas*, que han creído ver en ellas asentada la libertad política y civil, dando a ciertas palabras un significado que no tienen. Por *patria* han entendido la ciudad política de todos los ciudadanos, cuando en los tiempos heroicos nada más se quiere significar con esa expresión sino los intereses comunes de los padres o de los héroes. Por *populus* han entendido la asociación general de los individuos de un mismo Estado, cuando con esa palabra nada más se quiere significar sino la reunión de todos los que gozan de derechos políticos; es decir, la reunión de los patricios y nobles. La célebre máxima de *salus populi suprema lex*, en que nuestros demócratas se fundan para subordinar todos los intereses a los intereses populares, es una máxima a favor de lo que llamamos aristocracia y en contra de lo que llamamos ahora pueblo, porque nada más significa sino que la salvación de los intereses de los nobles, héroes o patricios es la suprema ley del Estado. Tal es la fuerza de la palabra *populus* en las Repúblicas aristocráticas de la antigüedad; para significar la muchedumbre tenían los latinos la palabra *plebs*. Por *rex* han entendido un monarca, cuando esa palabra nada más significa sino la presidencia del senado confiada a uno o dos individuos. En fin, por *libertas* han entendido una libertad popular, cuando, por el contrario, sólo significa la libertad aristocrática fundada en la servidumbre del pueblo. ¡Ay de los que en las Repúblicas antiguas querían aligerar sus cadenas! ¡Ay de los que aspiraban al título de sus bienhechores!, porque pagaban su generosidad con la muerte. De nada sirvió a Manlio ser el salvador del Capitolio. Habiéndose dolido de las miserias del pueblo, los nobles le hicieron espíar su crimen, precipitándole de la roca Tarpeya. Agis, rey de Lacedemonia, perpetrador del mismo delito, fue asesinado por los éforos. Ahora bien: Esparta fue la ciudad *heroica* de la Grecia; Roma, la ciudad *heroica* del mundo.

Tal es el significado de las palabras *patria*, *pueblo*, *libertad* y *rey* en las Repúblicas aristocráticas; comparándole con el significado que ahora tienen, se descubre el origen de la ignorancia de los historiadores y la diferencia que existe entre los tiempos antiguos y los tiempos modernos.

La dominación de los héroes nobles ó patricios debió ser dura y pesada por extremo, como quiera que no podían conservar la sin levantar un muro de bronce entre la abyección común y la majestad de sus personas. Y sin embargo, tan grande ha sido hasta ahora la ignorancia de los historiadores de las repúblicas heroicas ó aristocráticas que han creído ver en ellas asentada la libertad política y civil dando á ciertas palabras un significado que no tienen. Por Patria han entendido la ciudad política de todos los ciudadanos; cuando en los tiempos heroicos nada mas se quiere significar con esa espresion, sino los intereses comunes de los padres ó de los héroes. Por populus han entendido la asociacion general de los individuos de un mismo estado, cuando con esa palabra nada mas se quiere significar sino la reunion de todos los que gozan de derechos políticos: es decir, la reunion de los patricios y nobles. La célebre máxima de salus populi suprema lex, en que nuestros demócratas se fundan para subordinar todos los intereses á los intereses populares, es una máxima á favor de lo que llamamos aristocracia y en contra de lo que llamamos ahora pueblo: porque nada mas significa sino que la salvacion de los intereses de los nobles, héroes o patricios, es la suprema ley del Estado. Tal es la fuerza de la palabra populus en las repúblicas aristocráticas de la antigüedad: para significar la muchedumbre tenían los latinos la palabra plebs. Por rex han entendido un monarca, cuando esa palabra nada mas significa sino la presidencia del senado confiada á uno ó dos individuos. En fin, por libertas han entendido una libertad popular, cuando por el contrario solo significa la libertad aristocrática fundada en la servidumbre del pueblo. ¡Ay de los que en las repúblicas antiguas querían aligerar sus cadenas! ¡Ay de los que aspiraban al título de sus bienhechores! porque pagaban su generosidad con la muerte. De nada sirvió á Manlio ser el salvador del Capitolio. Habiéndose dolido de las miserias del pueblo, los nobles le hicieron espíar su crimen, precipitándole de la roca Tarpeya. Agis, rey de Lacedemonia, perpetrador del mismo delito fué asesinado por los éforos. Ahora bien. [sic] Esparta fué la ciudad heroica de la Grecia; Roma, la ciudad heroica del mundo.

Tal es el significado de las palabras Patria, Pueblo, Libertad y Rey en las repúblicas aristocráticas: comparándole con el significado que ahora tienen se descubre el origen de la ignorancia de los historiadores y la diferencia que existe entre los tiempos antiguos y los tiempos modernos.

JUAN DONOSO CORTES

ARTÍCULO NOVENO

La época humana, última en el orden de los tiempos entre las épocas sociales, es aquella en que, emancipadas todas las clases de la sociedad, todos los individuos que la componen, forman parte de la asociación, siendo ciudadanos de la ciudad política. Ésta es la época en que se clasifican los tiempos presentes y la época de Roma durante el Imperio. Siendo tan conocida de suyo, no es necesario consagrar a su examen un artículo, puesto que está presente a nuestros ojos.

Lo que sí importa demostrar es que esas tres épocas constituyen el círculo inflexible que recorren eternamente las naciones, y que las tres, con los fenómenos que siempre las acompañan, constituyen la trama de la historia.

A esas tres épocas corresponden tres naturalezas diferentes. A la *divina* corresponde una naturaleza poética o creadora, por una parte, y supersticiosa y bárbara, por otra; porque los hombres estuvieron en ella dominados por su imaginación, hicieron los dioses a su imagen, y como ellos eran implacables y bárbaros, los dioses hechos a su semejanza fueron también bárbaros e implacables.

A la época *heroica* corresponde la naturaleza que llamaremos *heroica* también; naturaleza que los *héroes* se atribuían a sí propios como un privilegio derivado de su origen divino; para que esto se entienda mejor es necesario tener presente que los nobles de las repúblicas aristocráticas se consideraban como hijos de Júpiter, es decir, como engendrados bajo los auspicios de la divinidad, en lo que se diferenciaban de los esclavos y plebeyos, que eran de naturaleza indigna, porque no habían sido engendrados en matrimonio solemne.

A la época *humana* corresponde la naturaleza *humana* por excelencia, porque en esa época social, niveladas las clases y emancipados los individuos, nada hay que se oponga al completo desarrollo de la dignidad y de la nobleza del hombre.

A estas tres especies de naturalezas corresponden tres especies diferentes de costumbres.

Las costumbres de los hombres que vivieron en la época *divina* debieron tener el carácter religioso que la fábula atribuye a Deucalión y Pirra cuando salieron salvos de las aguas del diluvio. Las costumbres de los héroes en la época *heroica* debieron resentirse de

ARTICULO IX.

La época humana, última en el orden de los tiempos entre las épocas sociales, es aquella en que emancipadas todas las clases de la sociedad, todos los individuos que la componen, forman parte de la asociación, siendo ciudadanos de la ciudad política. Esta es la época en que se clasifican los tiempos presentes, y la época de Roma durante el imperio. Siendo tan conocida de suyo, no es necesario consagrar a su examen un artículo, puesto que está presente a nuestros ojos.

Lo que sí importa demostrar es que esas tres épocas constituyen el círculo inflexible que recorren eternamente las naciones, y que las tres con los fenómenos que siempre las acompañan, constituyen la trama de la historia.

A esas tres épocas corresponden tres naturalezas diferentes. A la divina corresponde una naturaleza poética ó creadora por una parte, y supersticiosa y bárbara por otra; porque los hombres estuvieron en ella dominados por su imaginación, hicieron los dioses a su imagen, y como ellos eran implacables y bárbaros, los dioses hechos a su semejanza fueron también bárbaros e implacables.

A la época heroica corresponde la naturaleza que llamaremos heroica tambien: naturaleza que los héroes se atribuían a sí propios como un privilegio derivado de su origen divino; para que esto se entienda mejor es necesario tener presente que los nobles de las repúblicas aristocráticas se consideraban como hijos de Júpiter, es decir, como engendrados bajo los auspicios de la divinidad, en lo que se diferenciaban de los esclavos [sic] y plebeyos, que eran de naturaleza indigna, porque no habian sido engendrados en matrimonio solemne.

A la época humana corresponde la naturaleza humana por excelencia: porque en esa época social, niveladas las clases, y emancipados los individuos, nada hay que se oponga al completo desarrollo de la dignidad y de la nobleza del hombre.

A estas tres especies de naturalezas corresponden tres especies diferentes de costumbres.

Las costumbres de los hombres que vivieron en la época divina debieron tener el carácter religioso que la fábula atribuye á Deucalion y Pirra cuando salieron salvos de las aguas del diluvio. Las costumbres de los héroes en la época heroica debie-

su susceptibilidad extremada en todo lo que dice relación con el punto de honor aristocrático, el más quebradizo de todos. Tal es el Aquiles de Homero. Las costumbres de los que viven en la época *humana* son las apropiadas a una época en que los hombres hacen consistir el honor en el cumplimiento de sus deberes civiles.

A estas tres especies de épocas, de naturalezas y de costumbres corresponden tres especies diferentes de gobiernos.

A la época divina corresponde el gobierno teocrático, porque en ella los hombres ni poseían ni mandaban sino en nombre de los dioses.

A la época heroica corresponden los gobiernos aristocráticos, de los que hemos hablado ya en los anteriores artículos.

A la época *humana* corresponden los gobiernos humanos por excelencia, es decir, aquellos en que la igualdad y la dignidad de la naturaleza humana están consignadas en las leyes, siendo ante ellas y por ellas todos los ciudadanos iguales y libres.

A estas tres especies de épocas, de naturalezas, de costumbres y de gobiernos corresponden tres especies diferentes de idiomas o lenguajes, a saber: el lenguaje *mental* o *divino*, cuyos signos son las ceremonias sagradas y los actos religiosos, único lenguaje posible en la primera época, en que los hombres no estaban en posesión aún del lenguaje de los *signos heroicos*, que corresponde a la época segunda, y que consiste en las figuras grabadas en el blasón o en las armas; y el lenguaje *articulado*, que corresponde a la última época, y que hoy hablan todas las naciones.

A estas tres especies de lenguajes corresponden tres especies de caracteres, a saber: los *jeroglíficos*, los *heroicos* y los *vulgares*.

En cuanto a la marcha de las instituciones políticas, es también regular, idéntica y constante en todas las sociedades humanas.

Siendo la familia la primera sociedad, la primera institución es la monarquía doméstica. Resultando la segunda época social de la reunión de los padres de familia para resistir a sus esclavos, y de esa reunión la primera forma de gobierno de la ciudad política, las primeras instituciones políticas fueron las aristocráticas. Pero como, andando el tiempo,

ron resentirse de su susceptibilidad extremada en todo lo que dice relacion con el punto de honor aristocrático, el mas quebradizo de todos. Tal es el Aquiles de Homero. Las costumbres de los que viven en la época humana son las apropiadas á una época en que los hombres hacen consistir el honor en el cumplimiento de sus deberes civiles.

A estas tres especies de épocas, de naturalezas y de costumbres corresponden tres especies diferentes de gobiernos.

A la época divina corresponde el gobierno teocrático; porque en ella los hombres ni poseían ni mandaban sino en nombre de los dioses.

A la época heroica corresponden los gobiernos aristocráticos, de los que hemos hablado ya en los anteriores artículos.

A la época humana corresponden los gobiernos humanos por excelencia: es decir; aquellos en que la igualdad y la dignidad de la naturaleza humana están consignadas en las leyes, siendo ante ellas, y por ellas todos los ciudadanos iguales y libres.

A estas tres especies de épocas, de naturalezas, de costumbres y de gobiernos, corresponden tres especies diferentes de idiomas ó lenguajes, á saber: el lenguaje mental ó divino, cuyos signos son las ceremonias sagradas y los actos religiosos: único lenguaje posible en la primera época en que los hombres no estaban en posesion aun del lenguaje de los signos heroicos que corresponde á la época segunda, y que consiste en las figuras grabadas en el blason ó en las armas. Y el lenguaje articulado que corresponde á la última época, y que hoy hablan todas las naciones.

A estas tres especies de lenguajes corresponden tres especies de caracteres, á saber: los geroglíficos, los heroicos y los vulgares.

En cuanto á la marcha de las instituciones políticas, es tambien regular, idéntica y constante en todas las sociedades humanas.

Siendo la familia la primera sociedad, la primera institucion es la monarquía doméstica. Resultando la segunda época social de la reunion de los padres de familia para resistir á sus esclavos, y de esa reunion la primera forma de gobierno de la ciudad política, las primeras instituciones políticas fueron las aristocráticas. Pero como andando el tiempo la guerra entre la aristo-

la guerra entre la aristocracia y la plebe se terminó por el abatimiento de la primera y por el triunfo de la última, las segundas instituciones políticas fueron las democráticas. Desencadenados los vientos de las discordias sobre las repúblicas merced a las ambiciones individuales, las repúblicas, pasado cierto espacio de tiempo, vieron alteradas sus costumbres y lacerado su seno con las guerras civiles. Entonces sucedió que fue señora de la sociedad la anarquía. La Providencia, para poner un término a esta enfermedad social, la mayor, sin duda, de todas, escoge uno de los tres remedios siguientes.

En primer lugar se levanta un hombre, que por la fuerza de su inteligencia, de su voluntad y de su brazo, se sobrepone a las instituciones y a las leyes, que en tiempos de revueltas y discordias son impotentes y caducas. Entonces convierte su persona en institución y la democracia en monarquía.

Si la Providencia no encuentra el hombre que busca en la sociedad gangrenada, le trae como por la mano después de haberle elegido entre otras gentes y naciones; y si ni allí tampoco le encuentra, precipita esas gentes y naciones sobre la sociedad decrepita y criminal, para que, conquistándola, puedan ser lavados sus crímenes con su sangre.

Si, aumentándose en ella la anarquía, no hay un hombre que la gobierne ni un pueblo que la conquiste, entonces la Providencia aplica el mayor de todos los remedios al mayor de todos los males. El exterminio es un instrumento en la mano de Dios: con él hace que se cumplan las leyes divinas en la sociedad, que ha sacudido el yugo de las leyes humanas. Entonces sucede que las ciudades, henchidas de facciones y devoradas por el fuego de las discordias, se convierten en desiertos, y los que en ellas moraban, en salvajes. La noche de la barbarie primitiva vuelve a tender sobre ella sus sombras, y vuelven a marchar entre tinieblas. Todos los pueblos salvajes que hoy vagan por el mundo fueron antes civilizados; pero la luz de la civilización se oscureció ante sus ojos, porque su espíritu fue esclavo de torpes abominaciones. Su barbarie no es una barbarie *primitiva*, sino una barbarie *conquistada*.

Llegados a este último punto de postración y de miseria, comienzan otra vez por la *edad divina*, atraviesan la *heroica* y conquistan la *humana*, siendo gobernados por sacerdotes, por patricios y por reyes. Si la anarquía vuelve a señorearse de ellos, la Providencia

cracia y la plebe, se terminó por el abatimiento de la primera, y por el triunfo de la última, las segundas instituciones políticas fueron las democráticas. Desencadenados los vientos de las discordias sobre las repúblicas merced a las ambiciones individuales, las repúblicas, pasado cierto espacio de tiempo, vieron alteradas sus costumbres, y lacerado su seno con las guerras civiles. Entonces sucedió que fue señora de la sociedad la anarquía. La Providencia para poner un término a esta enfermedad social, la mayor sin duda de todas, escoge uno de los tres remedios siguientes.

En primer lugar se levanta un hombre, que por la fuerza de su inteligencia, de su voluntad y de su brazo, se sobrepone a las instituciones y a las leyes, que en tiempos de revueltas y discordias son impotentes y caducas. Entonces convierte su persona en institución, y la democracia en monarquía.

Si la Providencia no encuentra el hombre que busca en la sociedad gangrenada, le trae como por la mano después de haberle elegido entre otras gentes y naciones: y si ni allí tampoco le encuentra, precipita esas gentes y naciones sobre la sociedad decrepita y criminal, para que conquistándola, puedan ser lavados sus crímenes con su sangre.

Si aumentándose en ella la anarquía, no hay un hombre que la gobierne, ni un pueblo que la conquiste, entonces la Providencia aplica el mayor de todos los remedios al mayor de todos los males. El exterminio es un instrumento en la mano de Dios: con él hace que se cumplan las leyes divinas en la sociedad, que ha sacudido el yugo de las leyes humanas. Entonces sucede que las ciudades, henchidas de facciones, y devoradas por el fuego de las discordias, se convierten en desiertos; y los que en ellas moraban en salvajes. La noche de la barbarie primitiva vuelve a tender sobre ella sus sombras, y vuelven a marchar entre tinieblas. Todos los pueblos salvajes que hoy vagan por el mundo, fueron antes civilizados; pero la luz de la civilización se oscureció ante sus ojos, porque su espíritu fue esclavo de torpes abominaciones. Su barbarie no es una barbarie primitiva, sino una barbarie conquistada.

Llegados a este último punto de postración y de miseria, comienzan otra vez por la edad divina, atraviesan la heroica y conquistan la humana, siendo gobernados por sacerdotes, por patricios y por reyes. Si la anarquía vuelve a señorearse de ellos,

vuelve a retirar de su vista el fanal de la civilización que la vivificó con su lumbré; envuelve otra vez en noche oscura sus pasos, y sus espíritus en tinieblas, hasta que pesando en la balanza de la justicia divina más que su escándalo su expiación, más que sus crímenes sus infortunios, vuelven a entrar con tardo paso en la carrera de la perfectibilidad, recorriendo de nuevo el inflexible círculo de las tres épocas sociales.

Esto cabalmente sucedió con el Imperio romano, que, habiendo llegado a la última época social, retrocedió a la primera cuando los bárbaros del Norte, conducidos por la mano de Dios, pusieron su pie en el Capitolio, oscureciendo la luz de una civilización decrepita y estragada.

ARTÍCULO DIEZ Y ÚLTIMO

Al concluir mi artículo último, indiqué que las sociedades disueltas por la anarquía vuelven por el camino del infortunio a la barbarie, para pasar otra vez de la barbarie a la civilización, siendo este hecho histórico un nuevo testimonio de que la Humanidad está encerrada dentro del círculo inflexible de las tres épocas sociales que hemos distinguido con los nombres de época *divina*, época *heroica* y época *humana*. En efecto, cuando, cediendo al ímpetu de los bárbaros del Norte, cayó por tierra el Imperio de Occidente, la época *divina*, con todos los caracteres que en ella hemos observado, volvió a aparecer entre las tinieblas de la barbarie difundidas por el mundo.

La religión, representada en los diversos pueblos y naciones por el sacerdocio y en toda la cristiandad por los pontífices de Roma, amansó las iras de los bárbaros septentrionales, que, después de haber despedazado el imperio de los Césares y vencido sus numerosas legiones, doblaron su rodilla e inclinaron su cerviz ante los sacerdotes inermes que inculcaban en sus ánimos todas las virtudes humanas y civiles. Los reyes católicos, apóstoles de la religión en sus pueblos, se revestían con vestiduras eclesiásticas y consagraban a Dios sus actos y sus personas. Hugo Capeto se tituló conde y *abad* de París, siendo común este título de *abad* entre los primeros reyes de Francia. Por donde se ve que en el tiempo oscuro o en la época *divina* de los tiempos modernos, como en el tiempo oscuro o en la época *divi-*

la Providencia vuelve a retirar de su vista el fanal de la civilización que la vivificó con su lumbré: envuelve otra vez en noche oscura sus pasos, y sus espíritus en tinieblas; hasta que pesando en la balanza de la justicia divina, más que su escándalo su expiación, más que sus crímenes sus infortunios, vuelven a entrar con tardo paso en la carrera de la perfectibilidad, recorriendo de nuevo el inflexible círculo de las tres épocas sociales.

Esto cabalmente sucedió con el Imperio romano, que habiendo llegado a la última época social retrocedió a la primera, cuando los bárbaros del Norte, conducidos por la mano de Dios, pusieron su pie en el capitolio, oscureciendo la luz de una civilización decrepita y estragada.

JUAN DONOSO CORTES.

ARTÍCULO DIEZ Y ULTIMO.

Al concluir mi artículo último, indiqué que las sociedades disuelt[a]s por la anarquía vuelven por el camino del infortunio a la barbarie, para pasar otra vez de la barbarie a la civilización; siendo este hecho histórico un nuevo testimonio de que la humanidad está encerrada dentro del círculo inflexible de las tres épocas sociales que hemos distinguido con los nombres de época divina, época heroica y época humana. Con efecto, cuando cediendo al ímpetu de los bárbaros del norte, cayó por tierra el imperio de occidente, la época divina con todos los caracteres que en ella hemos observado, volvió a aparecer entre las tinieblas de la barbarie difundidas por el mundo.

La religión representada en los diversos pueblos y naciones por el sacerdocio, y en toda la cristiandad por los pontífices de Roma, amansó las iras de los bárbaros septentrionales, que después de haber despedazado el imperio de los Césares y vencido sus numerosas legiones, doblaron su rodilla e inclinaron su cerviz ante los sacerdotes inermes que inculcaban en sus ánimos todas las virtudes humanas y civiles. Los reyes católicos, apóstoles de la religión en sus pueblos, se revestían con vestiduras eclesiásticas, y consagraban a Dios sus actos y sus personas. Hugo Capeto se tituló conde y abad de París; siendo común este título de abad entre los primeros reyes de Francia. Por donde se ve, que en el tiempo oscuro ó en la época divina de los tiempos modernos, como en el tiempo

na de los tiempos antiguos, la religión es la única que amansa las iras de los bárbaros y la fiereza de los gigantes, la única que los reúne en cuerpo de nación, así como en una y otra Dios es el señor de todas las potestades de la tierra.

Poco tiempo después de la conquista hubo tal confusión de lenguas y dialectos entre vencedores y vencidos, y fue tan grande la dificultad que tuvieron en entenderse mutuamente, que, a falta de un idioma común y de caracteres vulgares, volvieron a aparecer los jeroglíficos de la edad *divina* en los emblemas y blasones.

Lo que más nos asombra es que en la Edad Media, como en la antigüedad, vuelven a abrirse los asilos, origen y fundamento de las primeras sociedades. En medio de las rapiñas, las depredaciones y los asesinatos de aquellos tiempos bárbaros y oscuros, los débiles, temerosos de la opresión de los fuertes, se refugiaban en los monasterios y se ponían bajo la protección de los abades y obispos, del mismo modo que en la antigüedad los débiles se refugiaron en los asilos de las primeras familias, fuertes por su organización doméstica y religiosa. De las diferencias que, naturalmente, se establecieron entre los protegidos y los protectores, entre los propietarios de tierras y los que las cultivaban, nació en los siglos medios, como en los tiempos antiguos, la clasificación de los hombres en señores y esclavos, patronos y clientes, nobles y plebeyos.

Así, el género humano pasó en la Edad Media, como en la antigüedad, de la época divina a la época heroica y del gobierno teocrático al gobierno aristocrático, del gobierno de los sacerdotes al de los señores feudales.

Por eso en la época heroica de la Edad Media vuelve a aparecer la diferencia que en la antigüedad reconocimos entre la naturaleza de los hombres y la de los héroes. Esto sirve para explicar por qué los vasallos se llaman *homines* en el lenguaje propio del feudalismo. De la palabra *homines* se formaron después las de *hominium* y *homagium*; la primera tanto quiere decir como *hominis dominium*: el dominio del señor sobre la persona del vasallo; la segunda tanto quiere decir como *hominis agium*: el derecho que tiene el señor de conducir a sus vasallos adonde mejor cumpla a sus deseos. Los entendidos en el Derecho feudal traducen elegantemente la palabra bárbara *homagium* por la de *obsequium*, que al principio debió tener el mismo significado en latín. Entre los antiguos romanos, el *obsequium* era insepara-

oscuro ó en la época divina de los tiempos antiguos, la religion es la única que amansa las iras de los bárbaros, y la fiereza de los gigantes: la única que los reúne en cuerpo de nación, así como en una y otra, Dios es el señor de todas las potestades de la tierra.

Poco tiempo despues de la conquista hubo tal confusion de lenguas y dialectos entre vencedores y vencidos, y fue tan grande la dificultad que tuvieron en entenderse mutuamente, que á falta de un idioma comun y de caractéres vulgares, volvieron á aparecer los geroglíficos de la edad divina en los emblemas y blasones.

Lo que mas nos asombra es, que en la edad media como en la antigüedad vuelven á abrirse los asilos, origen y fundamento de las primeras sociedades. En medio de las rapiñas las depredaciones y los asesinatos de aquellos tiempos bárbaros y oscuros, los débiles temerosos de la opresion de los fuertes, se refugiaban en los monasterios, y se ponian bajo la proteccion de los abades y obispos, del mismo modo que en la antigüedad los débiles se refugiaron en los asilos de las primeras familias, fuertes por su organizacion doméstica y religiosa. De las diferencias que naturalmente se establecieron entre los protejidos y los protectores, entre los propietarios de tierras y los que las cultivaban, nació en los siglos medios como en los tiempos antiguos, la clasificacion de los hombres en señores y esclavos, patronos y clientes, nobles y plebeyos.

Asi el género humano pasó en la edad media como en la antigüedad, de la época divina á la época heróica, y del gobierno teocrático al gobierno aristocrático: del gobierno de los sacerdotes al de los señores feudales.

Por eso en la época heróica de la edad media vuelve á aparecer la diferencia que en la antigüedad reconocimos entre la naturaleza de los hombres y la de los héroes. Esto sirve para esplicar, por qué los vasallos se llaman homines en el lenguaje [sic] propio del feudalismo. De la palabra homines se formaron después las/de hominium y homagium: la primera tanto quiere decir como hominis dominium: el dominio del señor sobre la persona del vasallo: la segunda tanto quiere decir como hominis agium: el derecho que tiene el señor de conducir á sus vasallos á donde mejor cumpla á sus deseos. Los entendidos en el derecho feudal traducen elegantemente la palabra bárbara homagium por la de obsequium, que al principio debió tener el mismo significado en latin.

ble de lo que llamaban *operæ militares* y de lo que nuestros feudalistas llaman *militare servitium*. Por lo demás, está fuera de toda duda que los plebeyos romanos acompañaron por largo tiempo a los nobles a la guerra, sin recibir por esta razón ni paga ni estipendio.

Por oposición a sus vasallos u *homines*, los señores feudales se llamaron *barones*, palabra con la que se significa lo que los griegos significaron con la de *héroes* y los romanos con la de *virí*. Esta denominación de *virí* fue dada, sin duda, por los romanos a los patricios y patronos en oposición a la debilidad de sus vasallos, debilidad cuya idea estaba unida en los tiempos heroicos a la de las mujeres. Los barones se llamaron también señores, palabra derivada de la latina *seniores*. Los antiguos parlamentos de la Edad Media se compusieron probablemente de señores, así como Rómulo compuso el Senado de Roma de los más ancianos entre los nobles.

Estos primeros parlamentos compuestos de barones son la imagen viva de las asambleas heroicas de los romanos, a las que asistían los *quirites* armados de todas armas. Al principio los reyes presidían los parlamentos, y para el fallo de las causas comisionaban a los pares de los acusados. De la misma manera, cuando se trató de juzgar a Horacio, Tulio Hostilio nombró comisarios o duunviro para que le juzgasen y pronunciaran la sentencia. Estos comisionados debían emplear contra el fratricida la fórmula *in Horatium perduellionem dicerent*. Esta fórmula se funda en que en los tiempos heroicos, en los que la ciudad política sólo la componen los *héroes*, todo asesinato de un ciudadano era un acto de hostilidad contra la patria, *perduellio*. Por esta razón todo asesinato se llamaba *parricidium*, es decir, muerte de un padre, o lo que es lo mismo, de un noble. Pero cuando los plebeyos, es decir, los *hombres* en el lenguaje feudal, comenzaron a formar parte de la ciudad política, entonces el asesinato fue llamado *homicidio*.

No acabaríamos jamás si hubiéramos de consignar aquí todas las analogías que existen entre las épocas divina y heroica de los tiempos antiguos y las de los tiempos modernos; pero lo dicho basta para demostrar cumplidamente que una misma es la marcha de la civilización de todos los siglos y entre todas las gentes y naciones; que unos mismos fenómenos acompañan siempre a las tres épocas sociales que recorre el género humano en su progresivo desarrollo, y que la identidad de esos fenómenos y de esas épocas es claro testi-

Entre los antiguos romanos, el obsequium era inseparable de lo que llamaban operæ militaris [sic], y de lo que nuestros feudalistas llaman militare servitium. Por lo demás está fuera de toda duda, que los plebeyos romanos acompañaron por largo tiempo a los nobles a la guerra, sin recibir por esta razón ni paga ni estipendio.

Por oposición a sus vasallos ó homines, los señores feudales se llamaron barones, palabra con la que se significa lo que los griegos significaron con lo de héroes y los romanos con la de virí. Esta denominación de virí fue dada, sin duda, por los romanos a los patricios y patronos en oposición a la debilidad de sus vasallos; debilidad cuya idea estaba unida en los tiempos heroicos a la de las mujeres. Los barones se llamaron también señores, palabra derivada de la latina seniores. Los antiguos parlamentos de la edad media se compusieron probablemente de señores, así como Rómulo compuso el Senado de Roma de los más ancianos entre los nobles.

Estos primeros parlamentos compuestos de barones, son la imagen viva de las asambleas heroicas de los romanos, a las que asistían los quirites armados de todas armas. Al principio los reyes presidían los parlamentos, y para el fallo de las causas comisionaban a los pares de los acusados. De la misma manera, cuando se trató de juzgar a Horacio, Julio [sic] Hostilio nombró comisarios o duunviro para que le juzgasen y pronunciaran la sentencia. Estos comisionados debían emplear contra el fratricida la fórmula in Horatium perduellionem [sic] dicerent. Esta fórmula se funda, en que en los tiempos heroicos en los que la ciudad política sólo la componen los héroes, todo asesinato de un ciudadano era un acto de hostilidad contra la patria, perduellio. Por esta razón todo asesinato se llamaba parricidium; es decir, muerte de un padre, ó lo que es lo mismo, de un noble. Pero cuando los plebeyos, es decir, los hombres en el lenguaje feudal, comenzaron a formar parte de la ciudad política, entonces el asesinato fue llamado homicidio.

No acabaríamos jamás si hubiéramos de consignar aquí todas las analogías que existen entre las épocas divina y heroica de los tiempos antiguos y las de los tiempos modernos; pero lo dicho basta para demostrar cumplidamente, que una misma es la marcha de la civilización de todos los siglos, y entre todas las gentes y naciones: que unos mismos fenómenos acompañan siempre a las tres épocas sociales que recorre el género humano en su progresivo desarrollo, y que la identidad de esos fenómenos

monio de que la Humanidad obedece a ciertas leyes providenciales, cuyo catálogo constituye lo que se llama la filosofía de la historia.

El análisis que acabo de hacer del atrevido sistema de Vico es demasiado incompleto para que se pueda juzgar por él acertadamente su doctrina. Pero siendo ese análisis de suyo difícil, y más difícil aún cuando se acomete en un periódico diario, mis deseos estarán cumplidos y mi ambición satisfecha si consigo despertar en mi patria un santo entusiasmo por los estudios graves y severos, porque sin ese santo entusiasmo que vivifica y enaltece, ni crecen en fama los individuos, ni en esplendor las naciones.

Por lo demás, desde la época en que escribió Vico hasta nuestros días, los estudios históricos se han renovado completamente, pudiendo afirmarse, sin temor de ser desmentido, que esa renovación es lo que más distingue al siglo XIX de todos los que le precedieron. Tiempo es ya de que el movimiento que arrebató a la civilización por rumbos no explorados comience a sentirse también en la nación española. Tiempo es ya de que, apartando nuestros ojos del espectáculo de nuestras grandes miserias y de nuestros largos infortunios, levantemos nuestro espíritu a la contemplación de las grandes cuestiones históricas y filosóficas, que son como los problemas oscuros que Dios ha arrojado para que los resuelvan los hombres en el seno de las sociedades humanas.

JUAN DONOSO CORTÉS

* * *

y de esas épocas, es claro testimonio de que la humanidad obedece á ciertas leyes providenciales, cuyo catálogo constituye lo que se llama la filosofía de la historia.

El analisis que acabo de hacer del atrevido sistema de Vico, es demasiado incompleto, para que se pueda juzgar por él acertadamente su doctrina. Pero siendo ese analisis de suyo difícil, y mas difícil aun cuando se acomete en un periódico diario, mis deseos estarán cumplidos, y mi ambicion satisfecha si consigo despertar en mi patria un santo entusiasmo por los estudios graves y severos, porque sin ese santo entusiasmo que vivifica y enaltece, ni crecen en fama los individuos, ni en esplendor las naciones.

Por lo demas, desde la época en que escribió Vico hasta nuestros días, los estudios históricos se han renovado completamente: pudiendo afirmarse, sin temor de ser desmentido, que esa renovacion es lo que mas distingue al siglo décimo nono, de todos los que le precedieron. Tiempo es ya de que el movimiento que arrebató á la civilizacion por rumbos no explorados, comience á sentirse tambien en la nacion española. Tiempo es ya de que apartando nuestros ojos del espectáculo de nuestras grandes miserias y de nuestros largos infortunios, levantemos nuestro espíritu á la contemplacion de las grandes cuestiones históricas y filosóficas, que son como los problemas oscuros que Dios ha arrojado para que los resuelvan los hombres en el seno de las sociedades humanas.

JUAN DONOSO CORTES.

* * *